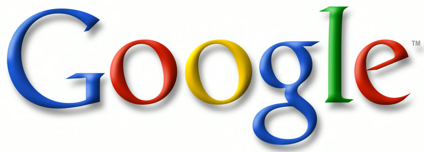
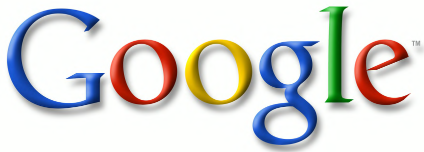
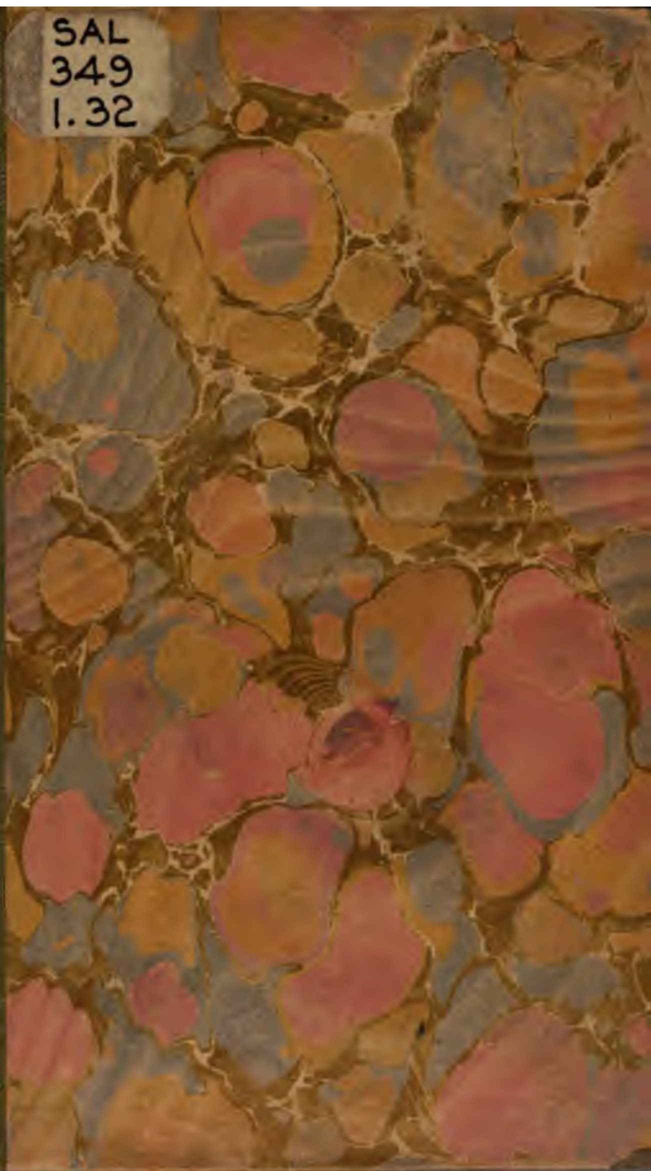
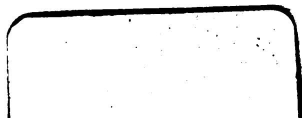



Google





CARCAJADAS

—Y—

SOLLOZOS

TOMÁS JÚSTIZ Y DEL VALLE



HABANA

IMP. EL TRABAJO, DE NARCISO LÓPEZ, AMISTAD 63

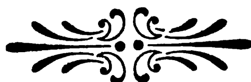
1906.

CARCAJADAS

—Y—

SOLLOZOS

Tomás Jústiz y del Valle



HABANA

—

IP. EL TRABAJO, DE NARCISO LÓPEZ, AMISTAD 6.

1906.

LAS campanas de la iglesia con sus contínuos repiques, le impedían prestar atención á lo que estudiaba; desesperado, tiró el libro sobre la redonda mesita de centro, la cual bamboleó, cayendo la vela en unión del candelero, dentro del servicio de hierro esmaltado que, por precaución, acercaba á la cama antes de acostarse.

La habitación quedó completamente á oscuras en el primer momento; después se iluminó de súbito. Una ráfaga de luz entró por la ventana que tenía frente á su catre. Luis se asustó, sentándose con prontitud en la barra y riéndose avergonzado de sí mismo. ¡Qué nervioso estoy, —dijo—hasta la farola del Morro me asusta! E inclinándose hacia la mesita y estirando el brazo con la mano muy abierta, empezó á palpar buscando los fósforos. La luz de la farola del Morro volvió á iluminar la habitación, y entonces pudo ver lo que buscaba, junto á una cajetilla de cigarros blancos, sobre una silla que estaba á los pies del catre. Se volvió, hizo luz; y tomando nuevamente el libro y doblando por la mitad su almohada, que colocó bajo la cabeza, volvió á acostarse, con la cabeza alta por el bulto que hacía la almohada; la barba clavada en el pecho y los brazos cruzados sobre el estómago sirviéndole de atril.

"Vamos, esta noche es imposible estudiar, dijo al cabo de un rato, cerrando de nuevo y con tranquilidad el libro. Está visto que la Noche Buena chiquita me hace un flaco servicio. ¡Daría lo que no tengo porque se suprimieran las campanas y hasta las torres de las iglesias! Nada, mañana,—mejor dicho—hoy, es día de madrugar. Y bajándose del catre se dirigió al lavabo, colocado al lado de la ventana, y tomando el reloj despertador lo puso en las siete, le dió cuerda y volvió de nuevo á acostarse después de soplar la vela.

El fresco de la mañana lo despertó, Empezaba á clarear cuando Luis se tiró de su catre: tiritando de frío encendió la vela y poniéndose unos pantalones viejos y un saco de casimir que abrochó hasta el cuello, se fué á recostar sobre los barrotes de la ventana para esperar el nuevo día.

Lentamente, del fondo obscuro que envolvía á la Ciudad, aparecían, delineándose en el espacio, los más altos edificios, como grandes manchas negras que se agrandaban y achicaban, corrían de un lado á otro, saltaban y caían; nublando de tal modo la vista de Luis que sintió de pronto bambolear su cabeza, en tanto que un negro velo cubría sus ojos dejándolo en la más completa obscuridad. Se frotó los párpados y al abrir nuevamente los ojos, vió distintamente la ciudad y escuchó el ruido de la vida que empezaba con el nuevo día, confundido con los últimos gritos de los basureros, hablándole en su peculiar lenguaje á las mulas que tiraban de los carros.

Los primeros rayos del Sol doraban la cúpula de la iglesia de Monserrate, y aún permanecía Luis apoyado en los hierros de la ventana... Su imaginación volaba pesadamente entre bostezos, después de haber recorrido con vertiginosa rapidez, de uno á otro confín el Universo... Sin darse cuenta retardaba cuanto podía el momento de abrir el libro...

El despertador lo arrancó de la ventana. Al sentirlo corrió á ponerle la mano encima para que no despertara á sus hermanos que dormían en la habitación contígua. Una voz clara y alegre como la mañana llenó aquel espacio:

—Déjalo que suene chico, á ver si se despierta este haragán. Al mismo tiempo se escuchaba el ruido de las nalgadas que el que había hablado daba á su compañero de cuarto acompañadas de su alegre cháchara:

—Arriba hombre de Dios; vamos Juanito que mamá ya nos ha llamado.

Después la voz soñolenta de Juan lanzaba dos ó tres enérgicas interjecciones, seguidas de un "¡déjame hombre!"

Así hubieran estado toda la mañana, como casi á diario acontecía, terminando la broma en almohadazos y golpes, á no sentirse el ruido de la persiana del comedor al patio, al ser abierta por doña Rosa, la cual, como siempre que acudía antes de los golpes, sermoneaba al majadero, diciéndole: Julio, deja quieto á tu hermano que ya se levantará cuando yo lo llame.

Aquel día Julio no hizo caso á la voz de su madre y continuó molestando á su hermano.

—Mira,—gritó la madre desde el patio—que despierto á tu padre!

Ante aquella amenaza todo quedó en calma y los tres hermanos después de lavarse la cara, bajaron á tomar café á la mesa del comedor.

La redonda mesa de corredera cubierta con un hule blanco, siempre muy limpio, presentaba todas las mañanas un alegre aspecto. Cinco tacitas blancas, repartidas simétricamente en su borde, formaban un círculo al cual servía de centro una fuente, con otros tantos panecillos. A un lado de ésta un hermoso azucarero de la misma clase de las tazas, imitando en su forma una tinaja, y cuyas azas figuraban dos conchas y á cuya tapa servía de agarradera un hermoso fresón blanco. Del otro lado de la fuente la mantequillera, en cuyo plato brillaba un cuchillo. Tan pronto llegaban al comedor, mientras Luis y Juan se sentaban cada uno ante su taza esperando á su hermana Aurorita que hervía la leche en el reverbero, Julio besaba y abrazaba á su madre, la perseguía tirándola del vestido, cambiaba las tazas, quitaba las servilletas del aparador y las metía en los bolsillos de sus hermanos; hasta que éstos, molestos, pedían el café con leche para largarse y descansar de aquel mentecato á quien no hacían más que malcriar celebrándole las gracias.

Este era el tema de la conversación durante el desayuno; una conversación agri-dulce, repleta de agudezas y amenazas, carcajadas y regaños.

Los hermanos se sentaron á la mesa; Luis maldiciendo de las campanas que no lo habían dejado estudiar aquella noche, y Juan regañan-

do á Julio y á Aurorita porque se habían apoderado de la mantequillera. Mientras Aurora reía á más no poder, Julio, haciendo bolitas con el migajón del pan, las lanzaba contra la cara de su hermano. Una de ellas le dió en plena faz á Juan que, fuera de sí, se levantó para pegarle.

Un clamor general acompañó su movimiento.

—¡Eh! ¡Qué es eso! Gritaba Luis, en tanto que Julio sofocado por la risa pedía socorro á su madre que con la cafetera en la mano llegaba de la cocina.

—No mamá—decía Juan,—hay que castigarlo porque está insufrible; y como tú no lo haces, tarde ó temprano tendré que hacerlo yo.

—¡Oiga, amiguito!—Exclamó una voz sonora y grave,—se ha olvidado Vd. de que yo existo?

Juan al oir aquella voz se dirigió á la mampara que comunicaba el comedor con el aposento y abriéndola: mire papá,—dijo, señalando con el dedo su mejilla, todavía tengo la marca.

—Bueno ya lo veo, contestó el padre, pero eso no es motivo para que vayas á pegarle á tu hermano: sabes perfectamente que el día que eso suceda, te corto el brazo que levantes; como lo haría con cualquiera de ellos si lo levantaran para tí.

—De modo—insistió Juan—que Vd. no lo castiga?

—No señor: primero porque tú te has extralimitado y tendría que castigarte después, apesar de tus veinte y tres años y en segundo lugar, porque jamás debe empezarse el d[illegible] con regaños; con que á tomar el café con leche [illegible] andar con

tonterías.—Después en voz muy alta, añadió: ¡José, me vás á traer los zapatos?

—Allá voy señorito,—repuso el interpelado saliendo de la cocina con un par de zapatos en la mano,—tenían mucho fango y me ha costado trabajo darles brillo.

—Siempre algún pretexto José, ponlos delante de un sillón del comedor que ahora salgo. Y dirigiéndose á su mujer, añadió: Rosa, dame el café chica, que se me vá á hacer tarde, hoy tengo parada.

—¡Papá voy contigo!—Saltó Julio al momento, —me llevas?

—Sí, pero ayúdame á vestir.

Julio se levantó de la mesa y quitándole á su madre la taza de café que llevaba en la mano, entró en el cuarto de su padre.

Pocos momentos después padre é hijo se encaminaban al Prado. De la calle de Lealtad donde vivían salieron á Neptuno, la cual abandonaron al llegar á Galiano, tomando después San Rafael hasta el café de Tacón, donde era preciso detenerse para tomar la mañana. El largo trayecto era corto para D. Juan cuando cubría su persona con el uniforme de capitán de voluntarios. Conocía á casi todos los comerciantes de las calles de Neptuno y San Rafael y en saludos, apretones de manos é invitaciones á la mañana, que no aceptaba, contestando simplemente "No, voy de parada"; se iban los minutos hasta que llegaba al café, donde ocupaba una mesa, la que á poco se llenaba de vasos, donde tomaban alegremente jefes, oficiales y voluntarios que acu-

dían á saludar al capitán. La ginebra soltaba la lengua á todos aquellos hombres y una conversación amena, interrumpida por carcajadas, exclamaciones y quijotadas hacían las delicias, durante media hora, de todos los que tenían la suerte de ser amigos íntimos de D. Juan.

Aquella mañana, tal vez por venir con Julio, no entró en Tacón como acostumbraba por la primera puerta que dá á San Rafael, sino que siguió hasta Prado deteniéndose en el pórtico del teatro.

—Es temprano,—dijo dirigiéndose á Julio,—vamos á sentarnos un rato. Y sin esperar respuesta se sentó ante una mesa.

Apenas se había sentado cuando un sirviente le puso delante una bandeja, en la cual brillaban un vaso lleno de agua y otro chato, redondo y de fondo muy grueso, el clásico de la ginebra, bebida que contenía la botella negra que se destacaba entre los dos vasos. Julio hizo una mueca, no podía resistir el olor de aquella bebida; su padre que lo sabía le invitó á beber sirviendo en el vaso. Julio se puso en pie diciendo que no con la cabeza.

—Pues chico,—añadió D. Juan riéndose,—si no bebes ginebra no te podré hacer teniente.

—Bueno—contestó Julio,—si para ser voluntario es necesario beber ginebra, ten la seguridad de que nunca lo seré; después dando media vuelta, añadió: mira, ahí viene el cabo García, ya tienes con quién hablar, yo me voy á oir la música. Adios.

—Adios teniente futuro,—contestó D. Juan saludando militarmente.

Julio y el cabo se encontraron en la puerta principal. "Adios pollo"—dijo éste dándole un golpecito en el hombro. "Adios cabo,"—contestó aquel sin volver la cabeza y siguiendo su camino.

*
* *

Serían poco más de las ocho de la mañana cuando Julio atravesando la esquina de S. José entraba en la parte del Prado, que allí empieza, y que desde casi la fundación del Cuerpo de "Voluntarios de la Habana", fué el lugar escogido por ellos para sus dianas, que verificaba cada batallón el día que estaba de servicio Julio conocía á todo el batallón á que pertenecía su padre. Con la mayor confianza se introdujo entre la multitud dando un codazo á éste, corriendo tras de otro para darle un fuerte golpe en la espalda, hasta llegar frente á la esquina de Teniente Rey, donde la banda formando un círculo cuyo centro era el director, ejecutaba, entre muchísimas piezas, los más famosos *pasos dobles* que despertando en ellos su fanatismo por la patria, los volvía arrogantes, discutidores y hasta faltos de respeto y consideración para los cubanos que se paseaban; sin que por eso dejara de reinar la más franca alegría en unos y otros grupos, y á veces cordialidad incomprensible entre personas que se odiaban atrozmente.

Simétricamente puestos en la arena del paseo que alfombraban, veíanse todos los periódicos de España mezclados con algunos extrangeros,

formando contraste con el inmenso "Diario de la Marina", sobre el cual, algunas veces se sentaban los vendedores. A menudo el ruido se hacía intolerable; infinitos grupos de voluntarios y paisanos que hablaban y reian á todo pulmón, apenas dejaban oir las más agudas notas de los cornetines de la banda, las cuales eran completamente envueltas de vez en cuando, por los gritos estridentes de los vendedores de periódicos que pregonaban "El Motín" "Las Dominicales" & & con todas las fuerzas de sus pulmones. En aquella cuadra del Prado estaba á aquella hora el corazón de la Habana; jugadas de bolsa, transacciones mercantiles de todas clases, planes políticos, cuestiones privadas, de todo se trataba, todo se resolvía. Lo único que faltaba para darle brillo y lucimiento á aquellas mañanas era la mujer, que jamás acudió, ni aún por curiosidad, á aquellos lugares.

Infinidad de ginetes recorrían la calle por ambos lados del Paseo, luciendo sus cabalgaduras y su pericia en el arte de montar. Había momentos en que todos se agrupaban en la esquina de Teniente Rey, llegando muchas veces á impedir el tránsito durante algunos minutos y haciendo muy expuesto el atravesar la calle.

Cuando las cornetas anunciaban el momento de partir, el movimiento, la confusión y el bullicio subían de punto; hasta que una vez formado el batallón, cesaba el ruido, pudiéndose oir la voz del jefe, que daba la orden de marchar. La banda lanzaba al aíre las primeras notas de un alegre y patriótico pasa calle, y el cabo de gastadores, orgulloso, erguido, contoneándose con

una marcialidad y elegancia á veces grotesca, se desprendía del lugar en el cual estaba parado, con un movimiento tan rápido para coger el compás de la música; que era imposible precisar si saltaba, corría, se deslizaba ó embestía.

Una turba de muchachos de todos tamaños, clases y colores abría la marcha al batallón, detrás de ellos algunos ginetes los acompañaban hasta la plazoleta de Albisu, donde se detenían para contemplar á sus anchas el aire marcial de los gastadores y contar las veces que giraba sobre sí mismo el cabo que les servía de guía.

D. Juan con la espada desnuda en la mano marchaba al lado de su compañía. En todo el camino no cesaba de saludar, conocía entonces á todo el mundo; su afán era mover la espada para ver su brillo, así es que todos los saludos los dirigía con la mano en la cual llevaba el arma, cuya mano, á volnntad del capitán, ya era la derecha ó ya la izquierda. Rendido, muerto, echando el bofe, llegaba á Plaza de Armas donde se repartía la guardia, dando salida al batallón que á aquella hora terminaba la suya.

Reuníanse de nuevo jefes y oficiales y, formando pelotón se encaminaban á la calle de Obispo hasta el café "Ambos Mundos," donde tomaban la sexta ó séptima mañana. Después de un rato de conversación, recordaban que eran hombres de trabajo y cada uno se dirigía á su respectiva casa á cambiar de ropa, excepto alguno que otro, que, durante todo el día, se empeñaba en lucir el uniforme detrás de algún mostrador.

Después de haber salido D. Juan y Julio, Aurora y su madre tomaron asiento en la mesa entre Luis y Juan. Habían saboreado el desayuno ambos hermanos y encendido sendos cigarros; mientras fumaban sostenían una conversación agradable y sencilla que tan pronto versaba sobre la política europea, como sobre el último estreno en "Albisu". La conversación se prolongó como de costumbre cerca de media hora, al cabo de la cual, Juan se levantó para vestirse y marchar al almacén, donde estaba colocado de tenedor de libros, dejando á Luis en la mesa explicando por la milésima vez lo que eran los exámenes por enseñanza libre.

Con una calma y paciencia incomprensibles, Aurora y su madre escuchaban á Luis. Este no se daba cuenta del tiempo y alargaba con multitud de detalles su interminable explicación, sin fijarse en el desasosiego que se iba apoderando de su madre, desde que la criada de mano, mulatica de unos catorce años, después de colocar sobre la mesa una palangana llena de agua, metía en ella las tazas y platos que sonaban al chocar unos con otros, amenazando romperse y poniendo á Dª Rosa en un estado tal de excitación nerviosa que, no sabía donde poner las manos y los pies, ni donde fijar la mirada. A tal punto llegó la excitación de doña Rosa que sin poderse contener y apretándose las sienes exclamó:

—Cállate, por Dios, hijo mío; que tú con tus exámenes y ésta rompiendo la loza me ván á volver loca!

Luis se calló amoscado, pero al advertir que no se había roto nada, arguyó:

—Pues yo creí que nos habíamos quedado sin un plato por lo menos.

—Sí, sí!—repuso doña Rosa.—¡Cómo se conoce que no eres tú el que los compra! Y subiendo de tono y dirigiéndose á un ser invisible añadió: ¡No puedo perder de vista un momento á esta muchacha! ¡Pero atiende, mujer de Dios, á lo que estás haciendo! ¡Lo ves, lo ves, ya rompistes un plato, y todo por estar atendiendo á este mentecato! ¡Luis, lárgate para la calle ó para arriba; déjanos solas!

—Mamá, no lo trates así,—murmuró Aurora.

—Si es verdad, pero me incomoda—después, acercándose á su hijo lo besó añadiendo: Anda hijo, vete á estudiar para que obtengas buenas notas.

Luis no contestó: se estiró, bostezó, ladeó un poco la silla donde estaba sentado y poniendo una mano en el espaldar y otra en el borde del asiento, empezó á hacer esfuerzos para levantarse. Después de muchos pujos se encontró en pié: "Estoy entumecido,"—dijo, y para desentumecerse levantó ambos brazos con las manos muy abiertas, abrió la boca bostezando ferozmente, y en la punta de los pies dió tres ó cuatro pasitos en dirección al patio; después, produciendo un chasquido con la lengua, se volvió á las dos mujeres diciéndolas: "Voy á estudiar." Y

entrando en la cocina subió á su habitación. Ya en ella tomó el libro que había tratado de leer la noche anterior y, después de abrirlo, lo volvió á tirar en la mesa y se echó vestido en la cama, quedándose al poco rato profundamente dormido.



Desde el amanecer del veinte y cuatro de Diciembre, la animación iba en aumento por minutos. La Habana entera salía á la calle á hacer sus provisiones para la cena. La Plaza del Vapor, atestada de comestibles de todas clases, que con mucho trabajo permitían el paso, se preparaba á hacer su Agosto. Las calles de Dragones y Aguila, completamente cubiertas de viandas, ya en canastos, ya en pequeños montones, despedía un olor indescriptible; mezcla confusa del delicioso aroma de las flores, que en los portales de la Plaza amontonaban los floreros, para hacer hermosas puchas, y el hedor insoportable que respiraba la Plaza por cada una de sus puertas.

Alegraban la vista los montones de lechuga que en hilera se extendían desde la esquina de Dragones y Aguila hasta la de Reina, rompiendo la monotonía de aquel verde vivísimo, ya el rojo chillón de los rábanos, que en manojos rodaban por todas partes, ya el morado de los montones de remolacha, algunos de los cuales cubiertos completamente de barro ya blancuzco, ya negro ya rojizo, ensuciaban las húmedas hojas de le-

chuga que con ellos tocaban, ó ya enseñaban las rojísimas yagas que al chocar unas con otras se hacían.

En algunos lugares había infinidad de lechoncitos que teniendo atadas las patas dos á dos, se revolcaban en el fango y el estiércol que dejaban los caballos al pasar. Gruñían y chillaban hasta ensordecer cada vez que los tocaban para enseñarlos á los compradores, cosa que sucedía cada minuto, en tanto que el pascualeo de las guineas, el canto de los gallos, el pío pío de los pollos, el quejido de los pavos y el graznido de algún ganzo armaban tal bulla, que los compradores voceaban para comprar como los vendedores para vender; uniéndose todo ese barullo, al murmullo de colmena que salía del vientre de la Plaza, cargado de aves, de pescado, de carne y de cuánto vegetal es capaz el hombre de llevar á su boca.

En su interior la Plaza era casi impracticable: las calles centrales convertidas en cañadas, por donde corría el agua que caía gota á gota de las coles, lechugas y rábanos que formaban enormes murallas, eran insuficientes á contener el gentío que hormigueaba de un lado á otro pisando las hojas y aplastando las viandas y deperdicios arrojados por los vendedores; formando una baba espesa y resbalosa que hacía rodar por el suelo, á los que no estaban acostumbrados á caminar por estercoleros.

La atmósfera espesa se hacía irrespirable, los sentidos se confundían; cegaba el ruido y ensordecía la peste. Para respirar un poco era necesario ganar una de las escaleras centrales y allí,

prepararse á cambiar la mezcla de olores de la parte baja, por el único que despedían lás jaulas de pollos, patos, palomas y pavos, que formaban las casas de una de sus dos únicas calles; mientras la otra, salpicada de sangre por todas partes, se encortinaba con los costillares, las piernas y los menudos de las reses, que parecían más rojos al lado de los blancos lechones, que, abiertos por debajo y escarranchados, se balanceaban en sus ganchos, esperando el momento de marchar al horno.

A las ocho de la mañana, la Plaza como río crecido se desbordaba; los vendedores se apoderaban de los portales de la Calzada de Galiano, é iban colocando en ellos lo que en la Plaza no cabía, en tanto que en los de la Calzada de la Reina corría la manteca, que goteaba de los lechones asados ó saltaba de las mesas, al golpe de hacha de los vendedores al partirlos.

Si el estar dentro de la Plaza se hacia difícil, la salida era más expuesta, no por los numerosos rateros que ojo avizor estaban al tanto del primero que se descuidaba, sino porque las calles de Reina y Galiano se convertian en lugares de carga y descarga. Los carretones, los coches, los carritos y las guaguas chocaban y se confundían, aplastando sin avisar ni darse por enterados, y si el infeliz que escapaba de ellos no era ágil, cuando más seguro se creía encontrábase enterrado bajo miles de coles ó naranjas, que descargaba en medio de la calle, algún carretonero; el cual se reía de la gracia y la coronaba con algún naranjazo ó cualquiera otra fruta

completamente pasada. Según avanzaba la mañana iba disminuyendo el movimiento, cada cual acudía á su trabajo habitual con ánimo de salir á las tres de la tarde; hora en que empezaba de nuevo la animación, la cual iba en aumento hasta convertirse, en algunos lugares, en desenfrenada orgía, ó en batalla campal, pasadas las doce de la noche.

*
* *

Don Juan, primero se hubiera dejado asar vivo que dejar de celebrar la "Noche Buena". Con veinte y cuatro horas de anticipación daba comienzo á los preparativos, entre los cuales no perdonaba jamás, por ningún motivo, su par de papelillos de soda, según decía él "*para entonarse*". La víspera, á las cinco de la tarde, ya se sabía con toda seguridad, quiénes asistirían á la cena; todos conocidos viejos, amigos íntimos de la casa, y casi todos paisanos.

D. Juan sentado ante la mesa de comer, rodeado de su mujer y sus hijos, excepto Luis que al ser llamado contestó: "Ya sabré quienes son cuando nos sentemos á la mesa" hacía la selección de los invitados.

—Por de pronto, dijo, ya tenemos siete: D. Félix y su hijo Felipín, Fernández y sus dos hijas, su mujer está muy adelantada y teme indigestarse: D. Anselmo y su mujer. Me parece que ya hay bastante, no es verdad?

—Sí, sí, saltó Julio, son bastantes barrigas que llenar,

—No seas ordinario, regañó Juanito, di que son bastantes y punto final.

—Pues no señor, arguyó Aurorita, hay que añadir aunque sea uno...

—Protesto!, gritó Julio levantándose y riendo.

—Ya empezó el mentecato, murmuró Juanito arrugando la frente.

—¡No me interrumpan!, exclamó Aurorita molesta, es necesario uno más...

—Y por qué no uno menos?, volvió á interrumpirla Julio.

—Julio, estate tranquilo y deja á tu hermana concluir, dijo doña Rosa poniéndose seria, mientras la risa jugueteaba en toda la cara de don Juan.

—Pues bien, continuó Aurorita, nosotros somos seis y siete los convidados hasta ahora; formamos número trece...

—¡Es verdad!, dijeron á un tiempo D Juan y su esposa, en tanto que Julito, poniéndose en pié y apoyando ambas manos en la mesa decía:

—¿Y qué, lo mismo no es el número trece que cualquiera otro? Cargo con toda la responsabilidad de lo que suceda por el número.

—Y yo, añadió Juanito.

—¡Olé por los hombres civilizados!, gritó Julio, es la primera vez que estamos de acuerdo Juan y yó.

—Pues yo no, señores siglos futuros, dijo Luis asomándose á la ventana del cuarto alto, no me siento en una mesa donde sean trece los comensales y propongo, para evitar discusiones que se invite á tía Julia, á Cheita y á Nena.

—Buena idea, buena idea!, dijo doña Rosa, con tal que tú la hagas practicable, yéndolas á buscar hoy mismo á Guanabacoa.

—Imposible mamá, que vayan Juan ó Julio; yo no puedo perder un minuto; tengo encima los exámenes. Y separándose de la ventana se sentó en un sillón á fumar un cigarro.

—Juan y yo iremos mamá, dijo Julio. Y después, dirigiéndose á su padre: *Aflójanos los monises*, y ten entendido que voy porque tengo gusto en ello, no porque crea, *ni un pimiento*, en los estudios de ese bobo.



Serían próximamente las cinco de la tarde del día veinte y cuatro de Diciembre de 1894, cuando José, apareciendo en la puerta del comedor á la sala, anunció solemnemente que estaba servido el *tente en pié*.

D. Juan, después de ordenar que avisaran á los muchachos, dió una palmada y pronunció el sacramental "Vamos á la mesa," que arrancó de la ventana á Aurorita y sus primas Cheita y Nena, tomando todos en desorden el camino de la mesa.

Cada cual se sentó en la silla que encontró más á mano y sin esperar á que nadie sirviera, empezaron por atacar el salchichón y las aceitunas, sin hacer caso de Luis qne, en la cabecera de la mesa, hacía esfuerzos para alcanzar una fuente que le alejaba Julio, cada vez que alargaba la mano para cogerla.

El *tente en pié* tomaba proporciones alarmantes, cualquiera que los observara comer, se hubiera admirado al enterarse de que la cena empezaría á las diez y media lo más tarde.

Todos se levantaron repletos de la mesa, después de haber saboreado el café. Dª Rosa quedó en el comedor para ayudar á la mulatica, y D. Juan y su hermana Dª Julia se fueron á sentar junto á la ventana de la calle, en los mecedores "Reina Ana" que, no cabiendo en el comedor, se colocaban, unos frente á otros, en la sala.

Los jóvenes todos subieron á la azotea; los varones para fumar y las muchachas para hablar con más libertad.

La azotea solo comprendia el comedor y la sala de la casa, pues sobre los tres cuartos y la cocina estaban las habitaciones de los muchachos. Para llegar á la azotea era forzoso pasar por las habitaciones y tanto Aurora como sus primas, se detuvieron en la última que pertenecía á Luis, por cuyo motivo los tres hermanos que ya estaban en la azotea, volvieron á entrar y se sentaron.

—Cheita, dijo Julio, que tal van esos amores?

Cheita poniendose colorada contestó:—Ya te he dicho que yo no tengo amores y que nadie me enamora.

Luis, sentado en el borde de la cama la contemplaba sonriendose. Ella cada vez más colorada bajo el influjo de la mirada de Luis, cogió un libro de encima del lavabo y empezó á hojearle.

—Verdaderamente que tenemos un par de primas preciosas. Qué opinan Vds?—y Julio al decir esto se volvió hacia sus hermanos.

Nena y Aurorita protestaron de conversación tan sosa, Luis siguió contemplando á su prima

y Juan se levantó y murmurando "vá con este bobo" se dirigió á la puerta de la azotea; las muchachas lo siguieron y formaron grupo, junto al muro de la calle, reuniendoseles después, dando saltos, Julio, que llevó su alegría hacia aquel lugar.

Luis no varió de posición, volvió la cara hacia la azotea, dejando como siempre que su imaginación trabajara. Veía destacarse del grupo la figura de Cheita, sus negros ojos le parecía que daban brillo y luz á todo cuanto miraban, el movimiento de su cuerpo ágil y esbelto, llevaba la saya de un lado á otro dejando, á veces, adivinar lo torneado de sus piernas; los diminutos piés, calzados elegantemente, parecían juguetear con el ruedo del vestido. A Luis no le era posible separar sus ojos de la persona de su prima; llegó á abstraerse de tal modo, que Cheita quedó completamente separada del grupo. La veía sola y no estaba contento, quería verla de otro modo, aquel cuerpo debía ser perfecto y él deseaba contemplarlo. Poco á poco fué quitándole la ropa que lo cubría. La chaquetilla de paño azul prusia desapareció y tras ella la saya; contempló el cuello, el nacimiento de los pechos, los torneados hombros y quizo más, quizo más y la enagua y el corset cayeron al suelo... En aquel momento Cheita se recostó en el muro para ver algo en la calle, y sus perfectas curvas se marcaron enérgicamente. Luis volvió á la realidad, suspiró y recostándose sobre la almohada murmuró: No me hubiera yo atrevido á imaginar tanto.



A las ocho de la noche empezaron á llegar los convidados. Los primeros fueron Manuel Fernández, su esposa María Martín y su hija Manuelita. Dª María venía en lugar de su hija Rosa, sin temor á indigestarse.

—¡Un año más, Juanico!,—dijo D. Manuel entrando en la sala y abrazando á D. Juan.

Todos se levantaron y después de los saludos y los besos entre las mujeres, Manuelita hizo ademán de quitarse el sombrero.

—No se quite Vd. el sombrero, dijo Luis, vamos á dar una vuelta por la calzada de Galiano antes de cenar, y tiene Vd. que acompañarnos.

Manuela miró á sus padres, éstos sonrieron haciendo signos de aprobación con la cabeza y entonces ella volviéndose á Aurora, preguntó:

—Nos vamos á arreglar un poco?

—Por supuesto, contestó Aurora, y dirigiéndose á sus primas continuó: Vamos á ponernos los sombreros.

Las jóvenes se dirigieron al aposento seguidas de Luis que hablaba al oído á Manuela, hasta que ésta deteniéndose junto á la mampara, le dijo: "hasta luego" y entró riéndose en el cuarto.

Momentos después salieron, sorprendiendo á Luis en la misma posición en que lo habían dejado. Todas rieron y él, entre corrido y burlón, después de mirar á sus dos primas y á Manuela, les dijo, como contestando á una pregunta:

—Estaba pensando en la manera de formar una de ustedes tres.

Todavía rieron ellas con más ganas al oir esta salida y mal parado hubiera quedado Luis, si sus hermanos al escuchar la risa, no hubieran acudido prontamente para tomar parte en la broma.

Juan preguntó lo que pasaba y Luis vió los cielos abiertos: "Decían que tú tienes mucha jaba todavía!,"—le gritó. Juan se puso colorado sin saber qué decir y Aurora intervino en su favor, abrazándolo y diciéndole:

—No es verdad, chico; de quien se burlaban era de él. Pero ya Luis había subido á su cuarto y momentos después entraba en el comedor, trayendo en las manos tres sombreros. Julio y Juan tomaron cada uno el suyo y todos se dirigieron á la sala, donde doña Julia se ponía el chal para acompañarlos, sirviéndoles de mamá.

—Vamos hasta "La Viña" no es eso?, dijo Julio, saliendo el primero á la calle.

—Donde ustedes quieran contestó doña Julia por todos. Y se dirigieron á la calle de Neptuno.

Luis iba delante por la calle dándole conversación á Cheita y á Manuela; Julio los seguía con Aurorita y Nena, cerrando la marcha Juan y doña Julia.

La calle de Neptuno presentaba su animación diaria, escandalizada algunas veces, por los gritos desaforados de algunos dependientes y gente baja que, paseando en coches, cantaban aires de sus tierras siempre terminados con un "¡Viva Galicia!", "Asturias" &, según el lugar donde hubiese nacido el cantador

Al llegar á Galiano, variaba completamente el aspecto de la población. Por una y otra acera

subía y bajaba la gente, unos con tableros en la cabeza, sobre los cuales se veían nadando en manteca, ya un pavo cuyo olor indicaba su inmediata salida del horno, ya un lechón, cuyo tostado cuero brillaba á la luz de los faroles. Con las orejas paradas, el hocico muy estirado y abierto y escarranchado, parecía que chapaleaban la manteca que se desprendía de sus cuerpos. Casi todo el que pasaba llevaba algo en la mano, envuelto en cartuchos que denunciaban con sus manchas de grasa lo que ocultaban, ó perfectamente envueltos, pedazos de turrón, racimos de uvas, nueces, avellanas y cuantas chucherías son indispensables en las cenas de Noche Buena.

Luis y sus compañeras se detuvieron en los portales del primer establecimiento de víveres, poco después se les reunieron los demás, y formando grupo, se colocaron junto á una columna, para contemplar la venta que se efectuaba en medio de los portales.

Delante de un gran tablón, cubierto por encima de papel picado y oculto al exterior por un lienzo rojo y amarillo, estaban tres dependientes cada uno con un delantal sujeto á la cintura, los brazos descubiertos llenos de manteca, donde se había depositado el polvo, haciéndolos aparecer de un color terroso, y donde se veían adheridos á la piel, pedazitos de lechón, de papel, de paja y de cuanto el viento levantaba y dirigía contra aquellos desnudos miembros. Una camiseta mugrienta cubría á aquellos hombres de la cintura al cuello. Uno tenía un gran cuchi-

llo en la mano derecha y pasaba la izquierda por encima de dos ó tres pavos asados, multitud de pollos y pedazos de estas aves que, del horno, salían directamente para la tabla.

Un público numeroso rodeaba á aquellos hombres: quien compraba un pollo, otro de más allá un cuarto de pavo, el otro una libra de lechón de la parte más tostada; y si el que hacía esta petición exigía que le partieran el pedazo que compraba de algun lechón entero, entonces el dependiente diciendo "¡cuidado!", levantaba un hachá con la cual daba dos ó tres golpes sobre el lechón. La tabla cimbraba, volaban pedazos de carne, de hueso y una lluvia de manteca en gotas de todos tamaños, caía sobre los compradores, vendedores y curiosos; todos se separaban en tropel de la tabla, mientras el dependiente, riéndose de su gracia, se pasaba la mano por la cara, dejándola límpia de partículas, y envolvía el pedido en un papel que salía de sus manos más mugriento que su camiseta.

—¡Vámonos!, dijo Luis, no puedo ver esto, se me sale el estómago por la boca.

Las jóvenes hicieron muecas y Julio, después de afirmar que aquello le gustaba, preguntó á dónde se dirigían, añadiendo: "Porque toda esta calle presenta el mismo aspecto, no veremos más que manteca, manteca y manteca"

—¡Basta por Dios!, dijo Luis, me vás á enfermar del estómago.

—Vamos hasta el Parque, propuso Cheita; y todos conformes se pusieron en marcha por la calle de San Rafael.

El Parque estaba lleno de gente y Julio lo atravesó seguido de sus compañeros, deteniéndose ante la estátua de Isabel segunda.

—Mira, dijo Julio dirigiéndose á Cheita y señalando á un indivíduo que pasaba, bajo, rechoncho y con un bastón muy grueso en la mano, ese es de los de última hora.

—Y qué significa eso?

—Pues que es de los que se dá de palos con cualquiera que no grite Viva Galicia.

—Pero es verdad, preguntó Manuela, que esa gente se reune aquí á gritar y se dán golpes con los que no gritan con ellos?

—Puas ya lo creo, repuso Juan, si ustedes hubieran oído la conversación que tenían hoy en el Almacen unos cuantos dependientes, se les hubiera puesto la carne de gallina.

—Cuéntanos, cuéntanos, díjo Aurorita.

—Los que hablaban, continuó Juan, son asturianos, y estaban limpiando unas yayas por el estilo de la que llevaba ese indivíduo, dispuestos á no dejar costilla sana á los gallegos, catalanes y andaluces que no gritaran Viva Gijón.

—Jesús, qué bárbaros!

—Pues tengan ustedes entendido que así lo hacen y que yo no perdono el espectáculo por nada del mundo.

—Pues es un disparate que harás, dijo Cheita, y si te dan un palo?

—No seas boba, chica, ellos no se meten con nosotros si nosotros no nos metemos con ellos; saben que siempre llevan la de perder, y además, en el fondo, es gente respetuosa; se matan unos

á otros, pero conocen á la legua quien es el curioso que se burla y quien es el que no se burla.

—Pues mira chico, para evitar equivocaciones yo no te acompaño, dijo Julio.

—Y haces muy bien, porque eres de los que parece que siempre se están burlando.

—Vamos á dar unas vueltas antes de marcharnos, intervino doña Julia.

*
* *

Cuando poco después de las nueve y media llegaron á la casa, ya estaban en ella todos los invitados. D. Juan sobándose las manos unas veces y otras frotándoselas, se paseaba desde el comedor á la puerta de la calle, sosteniendo con todos una conversación insustancial, en la cual cada palabra pronunciada parecía pedír la cena.

La llegada de Dª Julia con los jóvenes los puso á todos en movimiento: Mientras se saludaban Julio entró en el comedor y después de tirar el sombrero en una silla, se dirigió á la mesa, tomó un puñado de aceitunas y con ellas en la mano, se volvió á la sala.

—Señoras y señores, dijo al entrar, en vuestras caras se refleja la horrorosa canina que os agobia, tomad una aceituna para que la engañéis, mientras viene el pavo del horno; y al mismo tiempo empezó á repartírlas, pero al llegar frente á la señora de Fernández se detuvo y con cara picarezca, le presentó dos, diciéndola al mismo tiempo: A usted es á la única persona á quien puedo darle un par." Todos celebraron la

ocurrencia y Dª María, un poco cortada por la broma, queriendo terminarla de repente contestó: Muchas gracias Julito, sé que tú no olvidas á Rosa, que no ha podido venir por tener un compromiso con una amiga.

D. Anselmo propuso jugar á las prendas para esperar sin impacientarse el pavo, y en ese juego estuvieron distraídos hasta cerca de las once, á cuya hora entró José llevando en la cabeza una gran cazuela, dentro de la cual humeaba un tostadísimo é inmenso pavo. Un "Gracias á Dios" eecapado de lo más profundo del estómago de D. Félix saludó al apetitoso plato. Todos dieron un viva al *guanajo* y D. Juan, ofreciéndole el brazo á la señora de Fernández, abrió la marcha hacia la mesa. En el centro de ella un lechoncito bien asado parecía prepararse á huir ante el avance amenazador de tantos dientes; á su lado el pavo, colocado en una cazuela, enseñaba su quemado pescuezo. A un lado y otro de la cazuela, diferentes fuentes conteniendo el criollísimo arroz blanco, los indispensables frijoles negros, aceitunas, avellanas, nueces, jamón planchado y uvas; ayudando con su agradable aspecto, á darle animación y variedad á la mesa, animada ya por una verde y fresca ensalada de lechuga.

D. Juan ocupó una cabecera y D. Félix otra, don Anselmo se colocó cerca del lechón, y los demás ocuparon la primera silla que encontraron á mano; teniendo Luis cuidado de colocar á Manuela á su derecha y á Cheita á su izquierda.

Mientras todos los comensales atacaban los entremeses, D. Anselmo, remangándose un poco

los puños de la camisa, tiraba de la tartera del lechón, hasta colocarla frente á él; después blandiendo en una mano afilado cuchillo y en la otra inmenso tenedor, empezó á desmenuzarlo.

D. Anselmo, como D. Félix y D. Juan, era vizcaino rancio, con toda la honradez y bondad de los hijos de esa provincia, pero también con todo su orgullo y terquedad, aún en las cosas más triviales.

Si para exasperrr á D. Juan solo era necesario decir que, cualquiera provincia de España podía dar tan buenos españoles como Vizcaya, y para volver loco á D Félix no había más que discutirle sobre sombreros, llevándole la contra; para poner fuera de sí á D. Anselmo no había más que insinnarle que no sabía trinchar y repartir la comida.

Julio conociendo el flaco de D. Anselmo seguía con la mirada sus movimientos, en tanto que aquel, lleno de satisfacción, y riendo y hablando hasta por los codos, destrozaba el lechón sin perder de vista el pavo.

—Paréceme don Anselmo, dijo Julio aprovechando un momento de silencio, que no es Vd. el mismo de otros años.

—Por qué: muchacho?, contestó don Anselmo deteniendo el cuchillo entre dos costillas.

—Porque veo con tristeza que no es usted tan exacto en el partir como antes.

D. Anselmo se puso rojo. Sin notar que tenía las manos llenas de grasa, se remangó con fuerza la manga de la chaqueta y paseó una mirada investigadora por toda la mesa.

D. Juan no podía contener la risa ante la actitud de su amigo, defendido á voz en cuello por todos los concurrentes. Ante aquella protesta general, don Anselmo se contentó con lanzarle á Julio una mirada despreciativa y continuó en su faena.

—Era yo el equivocado, don Anselmo, exclamó Julio al poco rato, no se puede trinchar mejor: ya quisiera D. Félix para un día de fiesta entender de sombreros como usted de trinchar.

D. Félix se levantó furioso y con la boca llena de ensalada protestó gritando: Ni que fuera tan gran cosa partir un lechón ó un pavo, yo lo hago mejor!

—Pues hazlo!, exclamó don Anselmo, ahí tienes el pavo.

—Sí, que lo trinche, gritó Julio palmoteando.

—No señor, que lo vá á despedazar, dijo doña Rosa.

—Venga para acá el pavo, que le voy á dar una lección á ese vizcainito.

—Ojo con las palabras Félix, gritó don Juan, no admito eso de vizcainito.

Todos discutían sin que nadie se entendiera, hasta que Luis, á quién el ruido impedía oir lo que le hablaba Manuela, tomó la palabra subiéndose en una silla: Un momento señores, dijo; aquí nadie se entiende y nos vamos á morir de hambre. Lo de vizcainillo no puede tomarse á mal porque aquí todos somos vizcainos, aunque muchos hemos nacido en Cuba; por ese lado estamos bien y papá no tiene nada que decir. Falta que D. Anselmo y D. Félix se pongan de

acuerdo y para ello, don Anselmo le cede el pavo á don Félix y si éste lo trincha tan bien como él, todos nosotros lo declaramos .....

—¡El mejor sombrerero de España y posesiones de Ultramar, le interrumpió Julio.

Los jóvenes rieron viendo la cara que ponía don Félix, mientras éste se levantaba exclamando: Renuncio al pavo, yo no expongo mi reputapión por hacer una cosa que hago muy mal.

Un ¡ah! palmoteado de D. Anselmo demostró que todos estaban satisfechos, en tanto que doña Rosa le tiraba un pellizco á Julio, amenazándólo para cuando estuvieran solos.

La cena terminó en medio de la más franca alegría, que hacía escandalosa Felipín, con la borrachera que había tomado. El café se tomó en la sala y una vez encendidos los tabacos, tocaron el piano D. Anselmo y su esposa, que ejecutaban muy bien los danzones, y los jóvenes bailaron. Juanito aprovechó la ocasión para salir á dar una vuelta por el Parque Central.



El Parque luciendo todos sus faroles encendidos parecía oscuro y estaba poco concurrido. Algunos grupos de jóvenes ocupaban las sillas situadas frente á la acera del Louvre; por el centro del paseo era más numerosa la concurrencia, formada casi toda, por gente trabajadora. Casi todos estos concurrentes vestían camiseta y lucían boinas, la alpargata reinaba con toda su barbárie. De algunos grupos salían gritos que, á lo lejos, se hacían ininteligibles, poco á poco

menudeaban aquellos gritos y entonces se comprendía alguno que otro. Todos eran vivas coreados: cuando el viva era á España todos lo repetían, pero cuando se refería á Asturias, Galicia ó cualquiera otra provincia española, resonaban al momento en otros grupos, gritos de protesta, en los que se vitoreaba á las provincias no vitoreadas por los otros grupos. De cuando en cuando había molotes y era necesaria la intervención de la policía. Los guardias de Orden Público, hacían inauditos esfuerzos para conservar el orden y evitar derramamientos de sangre, pero siempre tenía que llevar á la Casa de Socorros algún descalabrado, ya por un palo ó bien por una pedrada, teniendo á veces que hacer uso de sus armas, para evitar una batalla campal, á tiro limpio.

Cuando cerca de la una y media de la noche Juanito se retiró á dormir, había presenciado un asesinato y perdido la cuenta de los heridos. La ginebra y el aguardiente, siempre malos consejeros, era lo único que animaba á aquellos hombres que, molidos á golpes y roncos de tanto gritar, abandonaban el terreno de su diversión con los primeros tintes de la aurora.



El "Círculo Habanero" en sus ámplios salones de los altos de Payret, celebraba uno de sus bailes de carnaval. Luis reunido con varios amigos en el Parque, esperaba la hora de entrar, preparándose á pasar una noche deliciosa. En aquel grupo de jóvenes, apesar de las carçajadas

y bromas que parecían darse unos á otros, se trataba á veces de algo muy serio, pues sostenían algunos instantes la conversación en voz baja, y la interrumpían si por casualidad se acercaba alguna persona á éllos.

—De modo que eso era lo que ustedes me ocultaban, decía Luis, son ustedes unos infames y malos amigos.

—No nos juzgues así, contestó uno de ellos, tú mismo no te atreves á comunicárselo á tu hermano Juan, hasta no tener completa seguridad en él.

—Es verdad, es verdad, murmuró Luis; y, ¿cuándo nos vamos?

—Cuando la suerte lo decida, pero todos tenemos que estar dispuestos para aprovechar el primer momento.

—Y dónde nos reunimos para comunicarnos nuestras impresiones sin llamar la atención.

—En casa de Luis, insinuó uno.

—No, exclamó Luis, sería hacerle traición á mi padre, yo bajo aquel techo, no soy más que hijo obediente y respetuoso.

—Pues entonces, dijo otro, para no buscar más, en el Café Alemán todas las noches de siete y media á ocho.

—Aceptado, aceptado; exclamaron los demás; y ahora, añadió Luis, vámonos al baile.

Apenas habían dado unos pasos aquellos jóvenes en dirección á Payret; cuando una detonación á sus espaldas les hizo volver la cara. Todos corrieron hacia el lugar donde se agrupaba la gente, y á pocos pasos de la fuente vieron ten-

dido en el suelo y bañado en sangre á un joven vestido de blanco que llevaba un hermoso botón de rosa amarilla en el ojal de la levita.

Nadie sabía dar razón del matador, ni del por qué de aquella muerte, todos eran cuchicheos y comentarios. La policía rodeó el cadáver esperando al Juzgado, y Luis, perdiendo la esperanza de verlo de cerca, reunido de nuevo á sus amigos, hacía comentarios atribuyendo á los celos aquella muerte, cuando un indivíduo de mala facha les interrumpió, diciéndoles.

—¡Qué celos ni qué niño muerto! Ese que está en el suelo es español, pues el asesino es un cubano; eso se adivina, no hay que preguntarlo.

Los jóvenes palidecieron y como impulsados por un mismo pensamiento se dirigieron al baile sin contestar una palabra.

*
* *

El gran salón del "Círculo Habanero," rebosando luz y animación, se podía atravesar con dificultad. Allí estaban congregadas familias de todos los barrios de la ciudad, representando las diversas clases sociales; desde la que se considera noble y elegante porque puede tirar unas pesetas, hasta la modesta y honrada obrera, desde el burócrata desfachatado y presuntuoso hasta el más humilde artesano. Entre todos reinaba cordialidad: en aquel sitio no había distinciones, porque todos vestían el mismo traje.

Luis, entregado con pasión al baile olvidaba las horas yendo de una á otra compañera para

no perder ninguna pieza; hasta que se tocó el último danzón. Al salir del baile se volvió á reunir con sus amigos y acordaron entrar en Tacón para oir un poco de buena música y si encontraban compañera, bailar con todo desenfado. Después que entraron en el teatro Luis se separó de sus amigos, dándoles cita para un palco del segundo piso donde tomó asiento, con la idea de contemplar el baile.

Los cornetines de la orquesta lanzaban al aire sus más agudas y estridentes notas, las que parecían electrizar á las innumerables parejas que, fuertemente abrazadas, se sntregaban á las delicias del baile. Los trajes de infinidad de colores, las carcajadas, los gritos de las máscaras y el hormigueo constante de aquella multitud abigarrada, producí náuseas; el humo de los cigarros unido á los fuertes perfumes que llevaban la mayoría de las mujeres, formaba una atmósfera densa que se hacía casi irrespirable en la sala. De vez en cuando se aglomeraban los bailadores en algún punto de la sala, se oían gritos, se daban bofetadas, á veces salían á relucir rewólveres y la presencia de la policía era necesaria.

Luis, absorto, seguía con la vista á una pareja de bailadores. Los movimientos de la mujer le pasmaban, aquello era el vértigo, no era posible mayor lubricidad en los movimientos. De pronto la pareja se detuvo, el hombre fuerte y grueso se echó el sombrero hacia atrás en un momento de coraje, tres ó cuatro jóvenes que le rodeaban, en medio de francas carcajadas gritaban á voz en cuello "se saló el gallego", hasta

que éste, en el colmo de la indignación, se abalanzó sobre su compañera y de un manotazo le arrancó la careta. El asombro de Luis no tuvo límites: ¡La máscara era un hombre vestido de mujer, quien antes de que Luis volviera de su estupor era expulsado á patadas y golpes del salón.

Esa era una de las principales diversiones en aquellos bailes; descubrir á los afeminados para arrojarlos á golpes á la calle.



Finalizaba el mes de abril en medio de la zozobra de todos los habitantes de la Habana. La sublevación de Oriente amenazaba extenderse á otras provincias, en algunas de las cuales aparecían grupos de revolucionarios. Los primeros gritos de "viva la autonomía" se habían transformado en vivas á "Cuba libre"; el Gobierno español empezaba á traer fuerzas y los ánimos íbanse agriando entre los habitantes de las ciudades.

D. Juan exasperado por el atrevimiento de aquellos locos ó baudidos, exponía á sus amigos Anselmo y Félix un plan de campaña infalible. Dª Rosa y Aurora escuchaban en silencio, mientras Julio aprobaba con exclamaciones y movimientos de cabeza.

—¡Porque han de saber ustedes, decía D. Juan, que esos que se levantan en armas contra la Madre Patria, no tienen nada que perder, son los vagos de oficio, los zánganos de nuestra colme-

na, á quiénes hemos negado un puesto en nuestra mesa, por su vagancia. ¿Qué se puede esperar de esos hombres? ¿Qué cubano que se estime y quiere los secunda?... Una de dos, ó el Gobierno nos engaña,—cosa que no creo,—ó eso carece de importancia, y bastarán mil hombres y un poco de autonomía para acabar con el movimiento.

Un mulatico llamó á la puerta de la calle en aquel instante, Julio se aproximó á preguntarle lo que quería y recibió una carta dirigida á su padre. D Juan la tomó de manos de Julio y conociendo la letra de Luis la tiró sobre la mesa, diciendo: Es de Luis que fué á Matanzas hace dos días á un negocio de reses.

La conversación giró sobre ese tema y D. Anselmo, á quién le gustaba el negocio, suplicó á su amigo abriera la carta, para ver si podía entrar él en el mismo, ó si le podía prestar ayuda á Luis, dado el conocimiento que tenía de esos asuntos.

D. Juan abrió la carta, pasó la vista por ella, palideció y dos lágrimas brillaron en sus ojos: Siempre había dicho yo, murmuró, que Luis no servía para eso. Ha perdido cinco mil pesos!

—¿Qué dices?, exclamó don Félix dando un salto.

—Pero ¿de qué manera?, preguntó D. Anselmo.

—Pobre hijo mío!, suspiró doña Rosa, siempre con tan mala suerte.

D. Juan miró á su mujer con rabia y guardándose la carta, exclamó: Paguemos, y quiera Dios que éste sea su último contratiempo

D. Anselmo y don Félix se marcharon al poco rato. D. Juan, seguido de Rosa entró en su habitación y cuando se vió sólo con ella, la entregó la carta de Luis.

Dª Rosa leyó: "Queridos padres: tal vez sea ésta mi eterna despedida para vosotros. Mañana estaré en las filas revolucionarias. Perdonadme si os hago sufrir, pero creo que con el paso que doy, no hago más que cumplir con mi deber.

Vuestro hijo que espera vuestra bendición,

LUIS."

Dª Rosa, sacudida por el llanto, se cubrió la cara con las manos, mientras don Juan, asombrado, adolorido y furioso al ver llorar á su mujer, á la que siempre quería ver risueña y satisfecha, lanzó un terno y exclamó: Todo se lo perdono, menos que te haya hecho llorar á tí. Y abrazando á doña Rosa, confundió sus lágrimas con las de élla.

*
* *

El soplo ardiente de la guerra que el extremo oriental lanzaba como columna de fuego sobre el resto del territorio, pareció, en el primer momento de estupor, helar la sangre en la mayoría de los habitantes de la Isla. Lo que en ún principio se creyó suceso sin importancia, adquirió en pocos meses proporciones gigantescas; la juventud toda simpatizaba con el movimiento revolucionario, y cada provincia daba su contingente. El avance veloz y sorprendente de la revolución hacia Occidente, señalábase por una línea de llamas, coronada por densas columnas de humo, y la riqueza de Cuba se cernía sobre

ella, convertida en símbolo de aterradora miseria.

Los españoles de la capital agitábanse nerviosos por el terror. Las huestes revolucionarias, en su avance victorioso, habían burlado al general Martínez Campos y destrozado cuantas fuerzas se opusieron á su paso. El periódico español por excelencia, clamaba por un jefe salvaje, que fuera capaz de llevar la muerte y la desolación á todos los rincones de la Isla; y en medio de las sacudidas nerviosas que el terror le producía, señalaba á los insurrectos, tocando con el pomo de sus machetes en las puertas de la Habana.

D. Juan, en la sombrerería de su amigo Félix, situada en la calle de la Muralla, discutía con varios prohombres de la situación, sobre la conveniencia de expulsar á Martínez Campos lo antes posible. Aquella tarde habían de reunirse ante el general español, los jefes de voluntarios y algunas otras personas de poderosa influencia, para pedirle su dimisión.

—Por el camino que vamos, gritaba don Anselmo, pronto llegaremos al precipicio. Dentro de pocos días termina el año, y aún no se ha hecho nada práctico para sofocar la revolución. Necesitamos un hombre de hierro, que no se detenga ante nada, que mire á los hombres como cosa secundaria y que mate, queme, destroce cuanto de algún modo pueda poner en peligro la integridad del territorio. Ustedes saben que tengo un hijo entre nuestros enemigos: pues bien, si cae en el combate ó en cualquiera otra forma, que Dios acoja su alma.

—¿Y tú vás á Palacio Anselmo?, le interrogó don Juan con sorna.

—No. Quiero á Martínez Campos, lo miro como á una de nuestras glorias y no podría contenerme ante él, porque entiendo que aquí ha fracasado.

—¡Tienes razón, tienes razón: Necesitamos un Weyler para acabar con esa cáfila de bandidos!, exclamó don Félix.

—De bandidos no, gritó don Juan, de locos y nada más que de locos é ilusos!

—Defiendes á tu hijo, insinuó don Anselmo.

D. Juan se puso en pié, lívido de coraje, sus ojos llameaban y sus puños de hierro se levantaban amenazadores. Yo no defiendo nada más que á España, exclamó, y ante élla, no me acuerdo de hijos ni de nada.

—Pues entonces ¿por qué no dices que son bandidos y traidores?

—¡Porque ninguno de ellos ha cometido ningún acto de bandidaje; y no son traidores, porque ninguno de ellos es español.

—Tienes una manera de ver las cosas muy especial, para mí, lo dije y lo repito y estoy dispuesto á sostenerlo con la vida...

—¡Mientes!, le interrumpió don Juan, pálido de ira, descargando un puñetazo tremendo sobre el mostrador. ¡Sí, mientes una y mil veces! Tiempo has tenido para tomar las armas en defensa de la patria, y aún no lo has hecho, yo hace tres meses que me bato á diario con el enemigo. Y con inaudito desprecio, terminó: Tú, y los que piensan como tú, no le darán á España más que disgustos y deshonra.

—¡¡D. Juan, D. Juan!!, gritaron todos poniéndose en pié.

D. Félix se acercó á su amigo, y pasándole el brazo por el hombro, le dijo:—Juanillo, nos estás insultando.

D. Juan separó de sí á don Félix, y encarándose con él, preguntó: De modo que todos ustedes piensan del mismo modo que Anselmo, y señalaba á éste.

—Sí, contestaron todos.

—Y de ustedes, volvíó á preguntar D. Juan, quién es el que se ha batido con los mambises?

Todos guardaron silencio.

—¡¡Ninguno, ninguno!!; gritó don Juan en el colmo de la rabia, lanzando una satánica carcajada. Ninguno!! Y llaman cobardes y bandidos á los que están en el campo. Pues yo les invito á todos á salir con la primera columna y juego mi cabeza á que, si vuelven, no sostienen lo mismo que ahora dicen!!

—¿Tan valientes son?, interrogó Anselmo riendo.

—¡Sí que lo son, porque son de mi sangre y no de la vuestra! ¡Sí que lo son, porque como yo, están dispuestos á dar la vida por la patria!

—Pues entonces, regalémosle dulces y confites.

D. Juan miró á sus amigos con desprecio, mientras don Anselmo, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, continuaba en son de burla: —y que sean los que piensan como Juan, los que se los lleven.

—¡Y puede que saliéramos mejor librados, gritó Juan, pues que con hombres como yo, Es-

paña nunca perdería á Cuba y con ustedes, muy poco le durará.

Todos rieron estrepitosamente al escuchar las palabras de don Juan, y éste, previendo que no podría contenerse, salió del establecimiento, perseguido por las carcajadas de sus amigos.

***

Aquel año la "Noche Buena" pasó tristemente en casa de D. Juan. La ausencia de Luis, del cual no se había vuelto á saber nada, mortificaba á D. Juan y hacía llorar constantemente á Dª Rosa y á Aurorita. Juanito, siempre serio y silencioso, no era capaz de animar á nadie, y Julio parecía haber cambiado de carácter; para cada minuto de risa y majaderías se pasaba horas enteras en la habitación de su hermano, en silencio absoluto y con la vista fija en el techo. Juanito lo había sorprendido dos ó tres veces en aquella actitud y no le había hecho caso, pero aquella tarde, después de estar observándolo por espacio de más de media hora no pudo contenerse y tirándole un zapato le gritó:

—¡Pedazo de mentecato, piensas pasarte la vida en esa postura?

—Y á tí qué te importa?

—Mucho me importa, pues eso me indica que estás malo y se lo voy á decir á papá.

—¡No digas nada, Juan!, exclamó Julio sobresaltado y acercándose á su hermano.

—¡Demonio, qué cara pones! ¿Has cometido algún delito?

—Tonterías, chico, tonterías; no te ocupes, ya se me pasó: Voy á bailar un danzón; y Julio empezó á chiflar y á bailar.

Juan se puso en pié y lo detuvo, diciéndole: Dime que es lo que te traes, ó se lo digo á papá.

Julio miró á su hermano de arriba á abajo, y como tomando una resolución, contestó: Pues hay que dentro de poco me voy á la manigua

—Juanito dió un paso atrás, exclamando: ¡De ninguna manera, eso sería matar á nuestros padres!

—Pues es cosa decidida y no me vuelvo atrás, porque sé que nadie se muere de pesar en este mundo.

—¿Quieres oirme?, dijo Juan.

—Habla.

—Uno de nosotros tiene que quedarse al lado de mamá, porque tú sabes que papá está dos días aquí y quince en el campo; echemos á la suerte cuál de los dos se queda.

—De ninguna manera, contestó Julio, yo me voy.

—Bueno, dijo Juan con calma, pues yo también; tu no me dás á mí lecciones.

Julio quedó un rato pensativo, sabía que Juan era el todo en la casa y su ausencia sería funesta para todos. D. Juan había abandonado por completo la administración de sus asuntos en manos de su hijo mayor y la bancarrota sería espantosa faltando éste, y Julio trató de dejarlo al lado de su madre.—Oyeme Juan, dijo, estoy dispuesto á sortearme, pero ha de ser si tú juras por tu honor, quedarte en caso de que te toque.

—Lo juro, siempre que tú lo jures también.

—Lo juro, dijo Julio muy serio.

—Pues vamos allá; el que gana escoge y manda al otro; y lanzando al aire una peseta, preguntó: cara ó cruz.

—Cara!, gritó Julio.

La moneda cayó al suelo y rodó hacia la otra habitación; ambos hermanos se precipitaron tras de ella.

—Cara!, exclamó alegremente Julio. Te quedas Juanillo y yo me marcho directamente al campo, el día de los Santos Inocentes.

*
* *

La noche del día 27 de Diciembre no la pasó Julio en su casa. D. Juan, desasosegado y nervioso, paseábase á las tres de la madrugada, desde la sala al comedor: era la primera vez que su hijo faltaba á su deber, y le parecía que sólo algo muy grave podía haberlo detenido fuera. Dª Rosa y Aurora dormían, y sólo el ruido de las pisadas de don Juan interrumpía el silencio de la noche. El cerebro de aquel padre era un volcán, mil ideas á cual más tétrica, acudían á él y sólo una quedaba fija; veía á su hijo muerto en mitad de la calle: ¡Dios mío, Dios mío!, murmuraba de vez en cuando, deteniendo sus paseos, devuélvemelo sano! Cerca de las cuatro se dejó caer en un sillón, quedando como aletargado. Cuando abrió los ojos, sobresaltado por un grito que dieron en la calle, ya era de día. Creyendo que Julio había entrado y estaba en su cuar-

to, subió á las habitaciones de los jóvenes. Juanito estaba levantado.

—Buenos días papá, dijo, ¿qué le trae á usted tan temprano por aquí?

—¿Y tu hermano?, preguntó don Juan.

Juanito, de momento, perdió su aplomo; pero repuesto enseguida, contestó señalando una carta que estaba sobre la mesa de noche: No sé, anoche cuando subí, me encontré esa carta y como supuse que sería una inocentada que nos preparaba, no bajé á entregársela.

D. Juan respiró, le parecía que su hijo le había quitado de encima una loza de plomo, y sonriéndose tomó la carta: El sobre sólo decía:

"Para papá."

D. Juan sacó la carta y leyó:

"Querido padre:

"No tomes ésta como *inocentada*, estoy can-"sado de oir hablar mal de los insurrectos á to-"dos los que nos visitan, y he decidido irme con "ellos, para ver si es verdad lo que dicen, No te "pongas bravo y perdona á tu hijo que te ido-"latra.

Julio."

D. Juan, pálido y desencajado, dejó caer la carta al suelo; Juanito, apoyando la frente en la ventana, ocultaba su dolor al ver sufrir á su padre. Dª Roso entró en aquel momento en la habitación, seguida de Aurora: al ver la cara de su esposo y la cama de Julio vacía, comprendió cuanto pasaba y corrió hácia él, estrechándolo entre sus brazos. D. Juan retrocedió un paso y se sentó en el borde de la cama. Dª Rosa besó á

su esposo en la frente con ternura infinita, don Juan se extremeció, apoyó la cabeza en el pecho de su esposa, su cuerpo todo tembló y de su pecho se escapó un sollozo.

—Julio en la manigua, murmuró don Juan al poco rato, serenándose.

—Me lo imaginaba, contestó tristemente doña Rosa.

D. Juan se puso en pié y paseó la mirada, llena de dolor, de su esposa á sus hijos, l s cuales, uno al lado del otro, permanecían pálidos y silenciosos junto á la ventana.

—Rosa, dijo don Juan, tú lo sabías y me lo ocultabas!

—Yo no sabía nada Juan, Aurora me lo dijo hace un momento, al levantarse.

D. Juan descargó el pié con toda su fuerza sobre el suelo, Aurora llena de terror y con los ojos preñados de lágrimas abrazó á su hermano. D. Juan la miró sin rencor, se aproximó á ella, y tomándole la cabeza entre sus manos la besó en la frente, diciéndole: Estás perdonada. Y volviéndose á Juanito, continuó: ¿Y tú, cuándo te vás?

Juanito enrojeció de vergüenza y permaneció en silencio, mientras Aurora, con inocencia encantadora, creyendo atenuar el dolor de su padre, contestaba:

—A Juanito le ha tocado en suerte quedarse.

D. Juan, llevándose ambas manos á la cabeza, exclamó: ¡Dios mío, Dios mío!; y bajó precipitadamente á su cnarto, para ocultar su dolor.



Acababan de servir la sopa en medio del silencio y la tristeza que á todos embargaba, cuando dos fuertes aldabonazos dados en la puerta de la calle, hicieron saltar en la silla á don Juan.

—Vé pronto y abre José, dijo, antes de que echen la puerta abajo.

José abrió y don Félix Carretero entró como una exhalación, deteniéndose en el comedor, con el sombrero puesto, los ojos muy abiertos, la boca apretada y la respiración fatigosa. Una cólera violenta sacudía su cuerpo. D. Juan miró á su amigo, presintiendo una catástrofe y al ver que permanecía en silencio, como si el mal humor de don Félix se le hubiera trasmitido, le gritó:

—¡Pero dí qué te pasa hombre! Tienes un aspecto siniestro!

—¡Qué me pasa!, murmuró sordamente D. Félix. ¡Lo increible!, gritó exaltándose. ¡Vuélvase Vd. loco dándole buenos ejemplos á esos canallas, pásese Vd. la vida tras de un mostrador, para darles educación y dejarles algo con qué vivir, y que le dén á uno el pago que á nosotros nos han dado! ¡¡Felipín ha ido á engrosar las filas de esos canallas, bandidos y cobardes, en momentos en que yo, ¡¡¡imbécil!!!, le preparaba una boda inmejorable!

D. Juan, á quién el abatimiento había tenido todo el día silencioso y contrariado, sintió un vivo dolor al escuchar á su amigo. Según éste iba hablando, íbase él incomodando, hasta casi estallar; cuando don Félix lanzó su acostumbra-

do fárrago de improperios é insultos á los insurrectos, pero la última frase de D. Félix dió al traste con la incomodidad de D. Juan, que rompió en una estrepitosa carcajada, al terminar su amigo aquel periodo candente.

D. Félix boquiabierto y rojo como un tomate, no sabía qué decir; su cara tomó una expresión estúpida, mientras D. Juan, sacudido nerviosamente por la risa, pedía agua á doña Rosa, paseándose de un lado á otro del comedor para calmarse.

—¡Juan!, exclamó al fin don Félix. ¿Te burlas de mi desgracia?

—No me burlo, bien lo sabes, y menos hoy, que tengo el pesar de que Julito también nos haya abandonado.

¡Cómo!, gritó don Félix en el colmo del asombro. ¿También ese muñeco?

—¡También!

—¡Cría cuervos, cría cuervos!; vociferó don Félix. ¡Mil veces te lo dije: Juanito, esos muchachos deben educarse en España.

—Pues á fé, murmuró don Juan, que á tí no te ha dado resultado ese sistema,

D. Félix guardó silencio un instante, y después, sintiendo hervir en su pecho la indignación, continuó: ¡Quisiera cogerlo entre mis manos para comérmelo á cachetes! ¡Porque ese se ha dejado embaucar por tanto laborante, canalla y cobarde, que pasea por la Habana! ¡Sí!, gritó extremeciéndose, ¡Que venga Weyler para que no deje uno, que los queme vivos á todos! Porque la guerra Juanillo, hay que hacerla en las ciudades y no en los campos!... No me interrumpas Juan!

¡Concluyamos con los laborantes, que muy pronto daremos cuenta de los traidores de la manigua!

—¡Te prohibo que los llames traidores!, exclamó don Juan, encarándose con don Félix.

—Pues sí que lo son, porque le hacen guerra á España!

—Entonces lo eres tú también, que te titulas carlista ciego!

—Eso es otra cosa; allí somos españoles contra españoles, sin amenazar la integridad de la patria...

—Pues aquí son españoles que no quieren serlo, contra españoles que no pueden dejar de serlo, y son libres de defender sus ideales en la forma que más les cuadre.

—¡De ninguna manera Juan, estás completamente loco: aquí no hay más que españoles y colonos, y son colonos todos los enemigos de España, quiénes están obligados á respetar...!

—Mira Félix, dijo don Juan serenándose, con la discusión no vamos á sacar otra cosa que incomodidades, acompáñanos á comer porque se vá á enfriar la sopa.

Todos instaron á D. Félix á ocupar un puesto en la mesa, que á regañadientes aceptó, sin que por eso dejara de comer como un hambriento.

D. Juan poco á poco volvió á su mutismo y tristeza, que fué aumentando y comunicándose á los demás hasta el final de la comida. D. Félix, pasado el primer momento de indignación, sintiose abatido, y se retiró sin pronunciar una palabra más acerca de su hijo.



La llegada del general Weyler dió un contingente y pujanza á la insnrrección inconcebibles. La capital iba quedando silenciosa, los que podían marchábanse al extrangero, y sólo algunos grupos recalcitrantes, se formaban en los paseos, para darse el gusto de laborar; animándose unos á otros en su trabajo de zapa, entre los jefes y oficiales del ejército español. Juanillo formaba siempre parte de uno de aquellos grupos, que se reunía en el Prado todas las noches. Su mayor gusto era ver pasar á Weyler. A lo lejos lo distinguía y llamaba la atención de sus compañeros, diciéndoles: "Ahí viene el guayabito". Weyler, rodeado materialmente de policías secretos y seguido de una pareja de Orden Público, pasaba por el Prado con la velocidad de un ratón asustado; el ayudante que lo acompañaba era el blanco de las burlas de los laborantes, que gozaban viéndalo sudar y con una cuarta de lengua fuera de la boca. A pesar de esos momentos de risa y de broma, notábase en todos una nerviosidad y tristeza constantes. Todos, al verse reunidos cada noche, felicitábanse asombrados de no estar en camino para Chafarinas ó encerrados en la Cabaña.

Una nube sangrienta parecía sostenerse sobre la Isla. Las prisiones y los fusilamientos diarios en la Cabaña, hacían olvidar, á los habltantes de las ciudades, las contínuas matanzas de pacíficos en los campos. A diario se decía, por los representantes de España, que la revolución es-

taba dominada en las provincias Occidentales, y casi á diario mandaba España á su cólonia rebelde miles y miles de soldados. Por las calles veíanse grupos de harapientos, á quienes la orden de reconcentración en los poblados, había arrancado de sus casas, librándolos de morir en manos de los soldados españoles, para echarlos en brazos del hambre y miseria más atroces. Infinidad de niñas de todas edades recorrían calles y paseos, encenagándose en el vicio, al cual las conducían, en medio de grandes francachelas, ó en la obscuridad y silencio de algunas calles, los oficiales del ejército.

D. Juan estaba al tanto de todos esos detalles de la guerra en la población, porque doña Rosa se los trasmitía después de escuchar á Juanito. Para don Juan aquello era inconcebible: entregado en cuerpo y alma á la defensa de su patria, peleando día y noche, parecíale imposible que otros hombres, tan españoles como él, se dedicaran á destruir la obra de los que luchaban.

*
* *

En Julio del 96, D. Juan, ya con el grado de Comandante, conque había premiado sus servicios Weyler, fué herido de bala cerca de Güines. La noche que llegó á su casa el herido, fué una de las más tristes para la familia de D. Juan. Rodeado de su esposa é hijos veía transcurrir las horas en la más completa inmovilidad. Sus amigos, que habían acudido á saludarlo, lejos de traerle un lenitivo á su dolor, habían logrado encolerizarlo, agravando más su estado.

D. Félix, exagerado y torpe, había asegurado que Julio formaba parte de la *partida* que había sostenido el fuego con la fuerza de don Juan; y, "quién sabe," añadía, si ha sido tu mismo hijo quien te ha herido.

—Me importa poco!, exclamó don Juan al oir aquella enormidad. Cuando salgo al campo no tengo hijos sino enemigos, contra quienes lucho frente á frente.

—Ya lo sé, ya lo sé!; dijo don Félix, no te incomodes porque eso puede dañarte; pero no me negarás que haciendo lo que haces, nada de extraño tendría que tú le hubieras pegado un balazo á Julio.

D. Juan dió un salto en la cama y lanzó un grito espantoso. Dª Rosa, Aurora y Juanillo corrieron hácia él y lo creyeron muerto. D. Félix, horrorizado y llorando como un niño, besaba á su amigo, pidiéndole perdón y llamando un médico. Juanillo salió volando en busca del facultativo y cuando volvió con él, encontró á su padre más repuesto.

El médico ordenó reposo y evitar toda molestia, después de curarle una vez más la herida, mientras don Juan, aún sobresaltado, preguntaba si Julio había muerto.

Juanillo, al verlo en aquel estado, se inclinó á su oído, diciéndole: Cuando estemos solos, yo le enseñaré una carta de Julio, que tiene fecha de hoy. D. Juan se tranquilizó sin ocurrírsele pensar el cómo de aquella correspondencia.

Cuando quedaron solos, don Juan exigió la carta de su hijo. Juanillo, lleno de confusión, no sabía qué hacer; aquella carta era comprome-

dora para él y podía ocasionar un disgusto serio entre él y su padre: quizás éste, exasperado por tantas contrariedades, lo expulsaría de su casa. Trató de negarla y D. Juan creyéndose engañado, volvió á recordar las palabras de don Félix.

—A mí no me engañas Juanillo, dijo don Juan molesto, dame la carta si la tienes, ó me levanto, y á costa de mi vida, voy al Gobierno General á enterarme de lo que hay.

—Eso sería una locura papá, más cuando yo le doy mi palabra de honor de que he recibido hoy carta de él.

—Dame la carta, gritó don Juan.

—¿Duda Vd. de mi palabra?, interrogó Juanillo.

D. Juan miró á su hijo, como reprochándole aquella pregunta, y levantando una mano murmuró: Jamás te he hecho esa ofensa, pero en el caso presente necesito ver la letra de Julio, para estar seguro de que tú no te has equivocado.

Juanillo desesperado ante la obstinación de su padre, se decidió al fin, diciéndole: Mire papá, la carta de Julio es la de un cubano á otro, júreme que Vd. no la leerá.

D. Juan sonrió tristemente, diciendo: Aún no he llegado á policía de Weyler.

Juanillo sacó del bolsillo un papel muy arrugado y lo entregó á su padre. D. Juan vió la fecha y la firma, y devolviéndolo á su hijo, murmuró: Gracias y quema eso, no seas loco!

***

Corría el mes de Septiembre del año 1896, aumentando la duda en todos los habitantes de la

Isla. En tanto que los españoles, por boca de sus generales, garantizaban la pacificación de Occidente, los cubanos para dar un mentís á sus enemigos, realizaban hechos de armas asombrosos en las puertas de la Habana. De esa manera demostraban de un modo palpable, á los Estados Unidos, la pujanza de la revolución é inclinaban los ánimos hacia el reconocimiento de la beligerancia.

El odio á los americanos íbase extendiendo poco á poco, entre los españoles, gracias á la propaganda que de él hacían los comerciantes de la calle de la Muralla, en cuyos pechos el odio á la Nación Americana había traspasado los límites del salvajismo.

D. Anselmo y D. Félix eran los más constantes y furiosos propagandistas. D. Juan, dominado por la duda, iba sintiendo germinar en su pecho la semilla que sus amigos en él habían sembrado, pasándose los días en constantes discusiones con ellos, sobre, la cuestión palpitante.

Formábase todas las mañanas en el establecimiento de D. Félix, un grupo de individuos, asturianos, vizcaínos y catalanes, con el solo objeto de hablar de la guerra y hacer, teóricamente, todo lo posible para acabar con ella. D. Juan acudía á aquellas reuniones, más para enterarse del estado de las cosas, que para tomar parte en las discusiones.

Una mañana llegó don Anselmo furioso, llevando en la mano un papel. Sin saludar siquiera se dirigió hacia el grupo que formaban sus amigos, con la misma actitud con que se hubie-

ra dirigido á un grupo de enemigos en un momento de coraje, gritando:

—¡¡Aquí está la prueba de mis dichos!! ¡Duda Juan, duda aún de las intenciones de esos perros hipócritas! La carta de este amigo (y la sacudía en el aire), nos acabará de abrir los ojos!

—Lee lo que dice, exclamaron algunos.

—Ahora verán, y D. Anselmo leyó algunos párrafos de la carta, en los cuales se aseguraba que en Noviembre ó Diciembre á más tardar, los Estados Unidos reconocerían la beligerancia á los cubanos: que la intención de aquella nación, á la que se llamaba, cada tres palabras, cobarde y asquerosa, era dejar que sangraran bien Cuba y España, para después destrozar á ésta y quedarse con aquella. D. Anselmo suspendió la lectura, paseó una mirada de triunfo por todos sus oyentes y continuó: "España debe declararle la guerra á los Estados Unidos en el más breve plazo posible, aprovechando el momento en que no tienen los americanos, ni ejército ni marina; y por último, si España engañada por las apariencias sigue guardándole consideraciones á aquella gentuza, nosotros, los españoles de Cuba, y especialmente ustedes los de la calle de la Muralla, debemos realizar un acto que obligue al gobierno español á romper las hostilidades."

D. Anselmo terminó la lectura de aquella larguísima carta, babeando de coraje. ¡Qué les parece!, exclamó.

D. Juan estaba molesto, aquella carta le había hecho experimentar una sensación de odio que nunca había experimentado; sentíase capaz de

realizar el acto más bárbaro del mundo, aún á costa de su vida, si aquel acto había de traer aparejada la paz por él tan suspirada.

El pensar que Cuba pudiera dejar de pertenecer á España, para pasar al poder de otra nación, poníale fuera de sí: en esos momentos parecía que toda su sangre se le acumulaba en la cara, cegándole y trastornándo su razón. Él, antes que eso, lo aceptaba todo, todo, hasta la independencia de la Isla.

—¿Qué es lo que hay que hacer Anselmo?, dijo en tono tan resuelto, que su amigo temió haber ido demasiado lejos.

—Ya te lo diré, exclamó don Anselmo alegremente, abrazando eon efusión á D. Juan.

Cuando poco después D. Anselmo y D. Félix quedaron solos en el establecimiento, don Félix, en un transporte de júbilo exclamó: ¡Ese era el hombre que necesitábamos!

—Trabajo nos ha costado, dijo Anselmo riendo, y ahora rompamos la carta no sea que caiga en manos de Juan y reconozca mi letra. Y don Félix y Anselmo rompieron en menudos pedazos la carta que el día anterior, habían escrito en aquel mismo lugar, para convertir en *patriota* á su amigo D. Juan.

*
* *

Tres días después de aquella reunión en casa de D. Félix, distraíase don Juan, esperando la hora de comer, jugando á la brizca con Aurora. Juanillo leía un libro y doña Rosa zurcía algunas medias, sentada al lado de su hijo-

Repartía las cartas don Juan, burlándose de Aurora, porque no había ganado ningún juego, cuando un hombre entró en la sala con la velocidad del rayo, haciendo rodar con estrépito la tranca puesta en la puerta de la calle, para sostenerla á medio abrir.

Dª Rosa dió un salto y Juanito y su padre se pusieron en pié, á tiempo que Aurora riendo, exclamaba. ¡Si es don Félix!

Era don Félix, pero completamente transfigurado; su aire de poderoso de la tierra, su aspecto de tragamambises, habían desaparecido. Estaba pálido y demacrado, el sudor corría por su frente, sus ojos, enrojecidos denunciaban el llanto y su respiración fatigosa haeía recordar á los asmáticos. Se dejó caer en un sillón, tapándose la cara con las manos y murmurando: ¡Juanillo, Juanillo, qué desgracia!

A don Juan le recorrió el cuerpo un escalofrío y se acercó á su amigo, sin atreverse á pronunciar una palabra. Juanillo, doña Rosa y Aurora también se acercaron, rodeando á D. Félix, que permanecí con la cara eutre las manos.

Juanillo rompió el silencio, preguntando casi emocionado: ¿Les han r e c o n o c i d o la beligerancia?

D. Félix levantó la cabeza y le lanzó una mirada indefinible; después contestó: Para mí es algo peor que eso!

¡Qué dices!, exclamó don Juan rojo de duda.

—Felipín ha caído prisionero!; casi balbuceó don Félix.

Juanlllo recogió su libro y encogiéndose de

hombros fué á continuar la lectura á su habitación. D. Juan repuesto ya del susto, tomó asiento al lado de su amigo, diciéndole: Creí que había estallado la guerra entre España y los Estados Unidos.

—No te ocnpes de eso ahora Juanillo, dijo Félix casi suplicante, sino de salvar á mi hijo de las garras de Weyler.

—¡Cómo!, exclamó don Juan poniéndose en pié. ¿Me crees á mí capaz de dar un paso para pedirle algo á ese hombre? ¡No!, gritó furioso: aunque se tratara de la vida de mis hijos!

D. Félix se levantó del asiento intensamente pálido, don Juan le miró, y á través de los ojos de su amigo le pareció sorprender un corazón destrozado por el dolor. Dª Rosa y Aurora, bañadas en lágrimas, miraron suplicantes á don Juan.

—Juanillo, murmuró don Félix con voz temblorosa, si se tratara de Julio tú no hablarías así.

D. Juan se pasó la mano por la frente. A eso que dices, no debía contestar, pero sábete que si desgraciadamente me viera en tu caso, me encerraría en mi habitación y lloraría á sólas la pérdida de ese pedazo de mi vida, porque tengo la seguridad absoluta de que nadie más que yo y que Rosa, había de sentir su muerte. Pero oye: se trata de tí que eres mi amigo, dime qué es lo que tengo que hacer y vete tranquilo.

D. Félix, Dª Rosa y Aurora abrazaron á D. Juan y después don Félix, con voz entrecortada y nervioéo, detalló los pasos que había que dar. La influencia de don Juan era tan grande, tan

respetado y temido era en el Gobierno General, por su intimidad con el Ministro de Ultramar, que don Félix, algo tranquilo, se despidió, casi seguro de obtener lo que quería.

***

D. Juan apenas probó bocado aquella tarde, estaba nervioso y contrariado. Deseaba que llegara el día siguiente y hubiera querido detener al Sol. El deseo de salvar al hijo de su amigo, era amargado por la necesidad en que se veía de subir las escaleras de palacio. Parecíale que aquellos escalones habían sido gastados por el subir y bajar constante de las más bajas pasiones. Le parecía que al pisarlas, le haría resbalar la baba con que las habían cubierto la sangre, la traición y el odio; y ocultaba instintivamente sus manos honradas en los bolsillos de su saco, creyendo ya que estaba en aquel lugar, y que innumerables palaciegos, en figura de babosas, venían á estrechárselas.

En este estado paseábase entre nueve y diez de la noche, del comedor á la sala, cuando un dependiente de don Félix lo llamó desde la ventana de la calle. D. Juan se acercó y el dependiente le entregó una carta, diciéndole: "No tiene contestación."

D. Juan abrió la carta y fué á leerla bajo el farol del comedor. Dª Rosa y Aurora lo observaban.

Por una causa inexplicable, sintió que le invadía una tristeza infinita al ver la letra de la carta, se dominó sin embargo y leyó:

"Querido Juan:

"Los papeles se han trocado. Por una equivocación, ó por haberlo interpretado yo mal, cuando me dieron la noticia, creí que el prisionero era mi hijo cuando se trataba de Julio, el tuyo, y me lo avisaban, para que con tiempo lo pusiera en tu conocimiento.

No creo que se haya perdido tiempo, ya sabes lo que tienes que hacer para salvarlo. Si me necesitas acude á mí.

Félix."

D. Juan, contra su costumbre dejó escapar una palabra horrorosa contra su amigo. Dª Rosa y Aurora se acercaron preguntándole de qué se trataba, mientras D. Juan, algo pálido y rasgando la carta en menudos pedazos les decía: Crée que se me han olvidado sus instrucciones y me las manda por escrito. Después entró en su habitación, y cuando doña Rosa y Aurora se acostaron volvió á salir con el pretexto de esperar á Juanito, reanudando sus paseos del comedor á la sala.

A don Juan le parecía que su cerebro era en aquel momento una enmarañada madeja, quería sacar una idea de entre las múltiples que en él se acumulaban y le era imposible. Veía su cabeza como una redoma llena de millones de pececillos de color obscuro, nadando con toda velocidad en todas direcciones, sin que fuera posible seguir á ninguno con la vista. Se apretó las sienes con ambas manos, y después, moviendo la cabeza de un lado á otro, murmuró sordamente ¡Ni aún puedo razonar!

A las once llegó Juanito. Su padre le abrió la puerta y él leyó en la cara de aquel hombre una desgracia inmensa, irreparable.

—Oye, dijo don Juan, no subas, tengo que hablarte.

Juanito con el sombrero puesto permaneció en pié delante de su padre. D. Juan se detuvo un momento, miró á su hijo, y como si repentinamente se le hubiera olvidado lo que pensaba decirle, emprendió nuevamente sus paseos.

Juanito silencioso y agobiado bajo el peso de la desgracia que presentía, no apartaba la vista de su padre que, recorriendo á grandes pasos la distancia que mediaba entre la puerta de la calle y la del patio, le obligaba á mover la cabeza de un lado á otro.

El reloj del comedor dió las once y media, don Juan miró la hora y pareció volver en sí; se acercó á su hijo y poniéndole una mano en el hombro, le dijo, con una entonación tal que Juanito creyó que cada palabra pesaba diez quintales: Tu hermano Julio prisionero!

Juanito dió un salto espantoso, su cuerpo tembló, como poseído por un escalofrío terrible y con voz emocionada preguntó: ¿Quién le ha dicho á Vd. eso?

D. Juan satisfizo á su hijo diciéndole al terminar, es necesario que tu madre no lo sepa,

—Y Vd. qué piensa hacer papá?

—D. Juan miró á su hijo y sin contestarle emprendió nuevamente sus paseos. Juanito lo detuvo junto á la puerta de la calle.

—Con ese procedimiento papá, está perdido Julio. Es necesario hacer algo para salvarlo, añadió con firmeza, no se apoque usted.

D. Juan se irguió y mirando á su hijo frente á frente, contestó, con voz que la cólera que se iba apoderando de él hacía temblorosa: Con este procedimiento y con cualquiera otro que yo emplée está perdido. Sólo deseo que llegue, murmuró sordamente, para darle el beso de eterna despedida.

—Eso no puede ser!, exclamó Juanito, deteniendo á su padre por el brazo. Usted está obligado á hacer por él todo lo que pensaba hacer por Felipín.

D. Juan rechazó á su hijo, casi gritando: ¡A mí lecciones, á mí! Sábete que yo no viviré una hora más que él, porque muriendo cualquiera de ustedes en esa forma inhumana y salvaje, no podía pedirle consuelo á Dios, porque en esa muerte no puede intervenir su divina voluntad.

—Entonces yo, invocando el nombre de usted, trataré de salvarlo, dijo Juanillo medio loco. Usted necesita calmarse un poco, voy ahora mismo á ver si logro enterarme del lugar en donde está y cuando llegará á la Habana.

—Pero á esta hora!, exclamó don Juan.

—Eso es lo de menos, contestó Juanillo, saliendo precipitadamente á la calle.

D. Juan siguió á su hijo con la vista y cuando desapareció al tomar la otra calle volvió á emprender sus paseos de la sala al comedor.

Muy cerca de las dos eran cuando volvió Juanito. D. Juan se precipitó hacia él, interrogándo-

le con todo el cuerpo; pero al ver la cara de su hijo, sintió como si le quitaran un peso enorme de encima y dos lágrimas brillaron en sus ojos. La cara de Juanito no permitía dudar, en ella se retrataba la satisfacción y la alegría. Abrazó fuertemente á su padre, diciéndole: D Félix es un canalla ó un imbécil, no hay tal prisionero, mañana por la mañana estará Julito aquí...

D. Juan dió un salto atrás rechazando á su hijo y con las facciones descompuestas, interrogó: ¿Cómo es eso?

—Pues muy sencillo, dijo Juanito alegremente, que no es prisionero sino presentado.

—¡Presentado!, gritó don Juan llevándose las manos á la cabeza. Su cuerpo tambaleó, dió dos pasos y se dejó caer sobre una silla ocultando la cara entre sus manos. Juanito asustado llamó á su madre y corrió otra vez á la sala. D. Juan seguía en la misma postura. Cuando doña Rosa se acercaba á su marido, un sollozo terrible, desgarrador, salido de lo profundo del pecho de don Juan le heló la sangre: se precipitó hacia él y le puso las manos en la cabeza. D. Juan se puso en pié y elevando los brazos al cielo, exclamó con acento de reproche desgarrador: Todo, todo, Dios mío, menos haberle dado vida á un traidor! Y sin ocuparse de su esposa y de su hijo que trataban de hacerle tomar algo para calmarlo, se encerró en su habitación.

*
* *

Juanillo subió pausadamente la escalera de su cuarto, hubiérase creido que contaba los escalones después de reconocerlos. Entró en su habi-

tación, hizo luz, y mortificado aún por las últimas palabras de su padre, empezó con calma á desnudarse. Iba lentamente de un lado á otro, despojándose de la ropa, y sin darse cuenta de ello, se veía la antítesis de su padre.

—¿Por qué, pensaba, tomará mi padre las cosas tan á pecho; casi estoy por afirmar que no pertenece á este mundo... Si hubiera caído prisionero ese mentecato, quizá mañana lo fusilarían, y mi padre entonces se hubiera pegado un tiro... de eso estoy seguro; se ha presentado, ha salvado la vida y con ella la de papá, y cuando creo que éste ha de recibir la noticia con más alegría que yo, me encuentro con que lo há tomado por todo lo alto, y que llama traidor al que deja de ser enemigo declarado de España.

Juanillo al llegar á este punto de su razonamiento, no pudo contener una sonrisa y encogiéndose de hombros continuó: Indudablemente que esta guerra me ha reportado un gran beneficio, yo era de la madera de D. Juan, sí señor; pero he podido observar tanta traición, y tanta falsedad en todo bicho viviente, que, completamente transformado, maldito lo que me importa el pensar de cada quisque. Decididamente, para ser feliz lo mejor es empezar por burlarse uno de sí mismo todos los días al despertar, por no haber sabido morirse durante el sueño, y después de levantado burlarse de todos los demás.

Juanillo encendió un cigarro y tomó asiento en un sillón, sentíase completamente desvelado y para distraerse decidió leer, tomó la vela y pa-

só á la habitación de su hermano Luis. Después de colocar la vela en el lavabo, se dirigió á un rincón donde estaban tirados por el suelo infinidad de libros, y tomando uno al azar, se sentó á leer.

La negrísima pasta del libro, toda llena de dibujos, le llamó la atención y con curiosidad leyó el título: ¡La Santa Biblia!, exclamó, y después de meditar un rato si la tiraba ó no, optó por abrirla, murmurando: Veamos si me enseña algo nuevo, todos, sabios é imbéciles, afirman que es fuente de sabiduría.

Su mirada recorrió la página por donde se abrió la obra y leyó: "I ellos dijeron: I que será "la expiación que les pagaremos? I ellos respon- "dieron: Conforme al número de los príncipes de "los Filisteos, cinco hemorroides de oro y cinco "ratones de oro, porque la misma plaga que to- "dos tienen, tienen también vuestros príncipes"

Juanillo tiró el libro y se dirigió á su cama murmurando: No podía menos, un pueblo que tenía ese padecimiento no era posible que permaneciera estable en un lugar de la tierra. Sopló la vela y se tiró boca arriba en la cama.



A las diez de la mañana del siguiente día, la casa de Don Juan estaba llena de personas amigas del capitán, al cual iban á felicitar. El "Diario de la Marina" había publicado la noticia de la presentación de Julio, asegurando que éste había dicho, que la insurrección iba de capa caida, que aquello estaba manga por hombro y

que no había soldado que nó se creyera general. Los amigos de Don Juan lo apuraban para que saliera de la habitación, en la cual permanecía encerrado. Juanito tuvo que bajar para hacer los honores de la casa.

Sentados en la sala esperaban la llegada del muchacho, observados por Juanito, que se contentaba con sonreir y aprobar. Un coche se detuvo ante la puerta de la calle y Julito de un salto se plantó en medio de la sala. Dª Rosa y Aurora corrieron á abrazarlo, siendo imitadas después, por las diez ó doce personas que estaban en la sala. Cuando el último lo soltó Julio se fijó en su hermano, que permanecía en pié junto al sofá.

—Juanito, gritó, no me abrazas?

—Si no estás gastado, con mucho gusto, querido hermano.

—Y papá? preguntó Julio de pronto notando la ausencia de D. Juan.

—Está en su cuarto, dijo Aurora.

—Voy á abrazarlo, exclamó, corriendo hacia las habitaciones.

Don Juan, pálido de emoción, vió entrar á su hijo sin dar un paso hacia él. Julio corrió hacia su padre y lo abrazó fuertemente, sin ser correspondido. Asombrado, separóse un poco de D. Juan preguntándole: Me guardas rencor?

D. Juan lo miró de arriba abajo contestando: nó: lo hecho, bueno ó malo, hecho está.

Julio volvió á la sala tan alegre como siempre, tenía los bajos del pantalón llenos de tierra colorada y cubría el resto de su cuerpo con una guayabera que, indudablemente, había pertene-

cido á un hombre tres veces más goido que él. El sombrero mugriento de castor lo había tirado á la calle antes de entrar.

—Y bien, cnéntanos, cuéntanos, dijo D. Félix, qué tal anda eso por allá?

—Admirablemente, contestó Julio, solo he venido por algunos días, y eso porque encontré demasiado saladas las suelas de mis zapatos.

Todos celebraron con grandes carcajadas la ocurrencia y después D. Anselmo intsrrogó:

—Tú crées que pasen la trocha?

—Pues no! y muy pronto: Maceo está fabricando un globo, y lo único que le hace dudar del éxito de su empresa es, el temor de que no haya en Pinar del Rio, bastante materia con que hacer humo para inflarlo.

Las carcajadas impacientaron á D. Juan, que entró en la sala, y después de saludar y recibir las felicitaciones de sus amigos, se volvió á Julio diciéndole:

—Sube á bañarte y cámbiate de ropas, tienes un olor insoportable.

—Es natural, contestó Julio saliendo en dirección al patio, seguido por Juanito, como que me he pasado seis meses cogiendo nidos de pájaros.

Ya habían llegado ambos hermanos á sus habitaciones, y aun se escuchaban las carcajadas de Don Anselmo celebrando las ocurrencias del muchacho.

Cuando Juanito se vió solo con su hermano, sugetándolo por los hombros le dijo: A mí no me das la castaña, tú te has presentado por algo muy grave ó eres..................

—Es verdad le interrumpió Julio poniéndose serio, pero no me preguntes nada porque no te lo diré, por ahora á lo menos.

—Y para cuándo lo guardas?

—Para cuando esté otra vez en el campo.

—Cómo! has venido á alguna comisión? pronunció Juanito casi en secreto.

—He venido á lo que me ha dado la gana y no me preguntes más!

Juanito algo amoscado, le tiró una trompetilla y se recostó en la cama, mientras Julio cantando á todo pulmón se daba un espléndido baño.

***

Quince días llevaba Julio en la Habana y apenas había hablado con su padre cuatro veces; en contínuo movimiento de un lado para otro de la ciudad, se le veía con dificultad en la casa. A veces se encerraba en su habitación horas enteras, no permitiendo entrar en ella nada más que á Aurora. Juanito se sublevaba ante aquel misterio estúpido, según él decia, y amenazaba con echar abajo la puerta el día menos pensado.

Una tarde tomaba D. Juan el fresco, sentado junto á la ventana de la calle, fumando un gran tabaco, cuando dos hombres de mirar siniestro y sonrisa angelical, se detuvieron á saludarle. Aurora que acababa de sentarse junto á su padre, palideció al ver á aquellos hombres. Levantóse repentinamente y corrió á su habitación, tomó una caja de zapatos que estaba debajo de su cama y con ella bajo el brazo, subió

las escaleras que conducían á las habitaciones de sus hermanos. Juanito leía tranquilamente una novela; y tan embebido estaba en aquella lectura que, solo se dió cuenta de la presencia de su hermana, cuando ésta, dándole un fuerte golpe en el hombro, le dijo al oido: —Juanito, pronto, por Dios, llévale esta caja á Julio que está en Guanabacoa, en casa de tia, y dile que han resultado ciertos sus temores!

—Si no te explicas con toda claridad, dijo Juanito con calma, te largas inmediatamente y me dejas en paz. Tú y Julio me tienen hasta la coronilla!

Aurora pálida y con los ojos preñados de lágrimas, puso la caja en las piernas de Juanito diciendo: tiene dentro dinamita:

—¡Sanahorias! exclamó Juanito cogiendo la caja con la punta de los dédos y poniéndose en pié. Pudiste haber empezado por ahí, añadió después de colocar la caja sóbre la mesa.

¡Pero mira que los policías secretas están en la ventana hablando con papá, y hace tres días que rondan la casa!

—¡Diábolo, diábolo! Esta sí que es buena, murmuró Juanito, y después encendiendo un cigarro fué á tomar la caja.

—No! exclamó Aurora temblando y deteniéndolo, con el cigarro encendido no, Juanito.

—Qué más dá! contestó Juanito poniéndose la caja debajo del brazo,—ya haré lo posible porque reviente si me detienen en el camino,—y tomando el sombrero bajó, atravesando el patio en dirección á la sala.

Los dos individuos á quienes Aurora había

llamado policías secretas, continuaban hablando con D. Juan. Juanito al verlos, sintió frialdad espantosa en todo su cuerpo: unó de aquellos hombres seguía á Weyler todas las noches por el Prado. No titubeó un momento, se dirigió á la ventana con la caja en la mano y sin saludar, casi le gritó á su padre mostrándole la caja.—¿De dónde ha saeado Ud. que yo uso zapatos amarillos?

D. Juan sorprendido, se volvió á su hijo y creyendo que aquello sería una broma de Julio, contestó inocentemente: No sé de qué me hablas chico, pregúntale á Julio si él ha dado alguna orden en la peletería, porque......

—Yo no le pregunto nada á ese mentecato, exclamó Juanito rojo de indignación, interrumpiendo á su padre, ahora mismo voy á la peletería á ent rarme.

—Pero mejor es que le pregunte Ud. á su hermano, dijo interviniendo uno de los que estaba en la ventana, digo, continuó, encogiéndose de hombres, si es que él está ahí.

—Bien se vé que V. no conoce á ese malcriado.

—Pero él no está ahí—insistió el individuo.

—Suba y lo verá, contestó Juanito con desabrimiento. De seguro que está tirado en la cama durmiendo, es lo único que hace desde que víno de la manigua,—y sin dar lugar á nuevas preguntas salió á la calle maldiciendo de la hora en que había vuelto Julio á aquella casa.

Media hora después estaba Juanito en Guanabacoa: llegó á casa de Dª Julia y sintió helársele la sangre al encontrar á la buena señora he-

cha un mar de lágrimas. Juanito creyó que su hermano era uno de los cincuenta asesinados por las autoridades españolas la noche anterior y haciendo un esfuerzo preguntó: ¿Qué pasa, por Dios, tía?

—Que Julío está aquí escondido y la casa vigilada por la policía!

Juanito dejó escapar un suspiro de satisfacción exclamando: No se ocupe de eso, lléveme donde está él, para entregarle este par de zapatos.

Dª Julia seguida de su sobrino, atravesó el gran potio que tenía la casa. Debajo de un colgadizo, en lo último del patio, estaba Julio leyendo una carta, al ver á su hermano sonrió diciéndole: Qué traes?

--Esto que te manda Aurora.

Julio tomó la caja y safó el cordón que la rodeaba.

—Tú sabes lo que contiene, dijo Juanito deteniéndole la mano.

—Me lo figuró y voy á cerciorarme,—y quitando el cordón destapó la caja, dentro de la cual venía otra de madera. Julio la sacó murmurando: Esto es,—y volvió á colacarla en su lugar.

Jnanito lo detuvo diciéndole: No te es lo mismo llevarla en esa caja y dejarme esta vacía?

—Y paro qué la quieres?

—Para despistar á la policía que te ha ido á buscar á casa.

—¡Tan pronto! exclamó Julio, y después de un momento de vacilación añadió, entregándole á

su hermano la carta que antes leía: Si esta noche va Cheita á casa, le entregas esta carta á papá, pues es señal de que estoy fuera de peligro... Si Cheita no está á las diez en casa, encomienda mi alma á Dios, porque á mí no me cogen vivo.

Juanito después de guardar la carta abrazó fuertemente á su hermano.—Me necesitas? preguntó.

—Para nada, contestó Julio riendo, ya me estorbas ¡adios! y cuando Juanito se despedía de sus primas en el comedor, le grito bromeándolo: Cuidado con la caja!

Juanito cargó con la caja hasta la calle de la Muralla, entró en la peletería donde compraba y pidió un par de zapatos; una vez que se los envolvieron se dirigió á su casa con la caja bajo el brazo. Al llegar á la esquina de Lealtad y Concordia, se hizo el sorprendido al encontrarse frente á frente de uno de los individuos que había dejado hablando con su padre en la ventana, el individuo al verle, también se hizo el sorprendido y sonriendo agradablemente le preguntó: Ya los cambió Ud?

Juanito por toda respuesta abrió la caja y sacando los zapatos se los enseñó al individuo con la más placentera cara del Universo diciéndole: Mire!

El individuo se alejó murmurande: Esté sí que es un verdadero mentecato.

***

D. Juan hacía tranquilamente la digestión de la comida sentado en el patio de su casa, fu-

mando un espléndido tabaco, Dª Rosa sentada junto á la mesa del comedor, leía el "Diario de la Marina." Juanito y Aurora recostados en el postigo de la ventana, contaban los minutos y adelantaban el cuerpo, cada vez que un coche desembocaba por la calle de Neptuno. Dieron las nueve en el reloj del comedor y, á Aurora le pareció que le daban otros tantos golpes en el corazón. Pálida y con ganas de llorar, se volvió á su hermano que tranquilamente se escarbaba los dientes con un palillo y le i nterrogó: Juanito, no te dijo Cheita que estaría aquí á las nueve?

—Sabes que tienes mala memoria? Te he dícho cien veces ya, que de nueve á diez.

Dª Rosa entró en la sala en aquel momento muy alegre y diciéndole á sus hijos: Parecen ustedes unos novios, piensan pasarse la noche en la ventana?

—Y donde quiera usted que la pase mamá, contestó Juanito, el calor me quitó las ganas de salir y aquí hace fresco.

Juanito siguió á su madre al comedor y ocupó un sillón, Aurora fué al tinajero á tomar agua. D. Juan dormitaba en su sillón y Dª Rosa volvió á coger su periódico.

—A mí no me queda duda mamá, dijo Juanito, usted quiere aprenderse algún artículo de memoria.

Dª Rosa miró á su hijo como reconviniéndole por la broma y después contestó: Son tan pocas las veces que puedo leer un periódico que, cúando estoy tranquila no perdono nada de ellos.

Aurora impaciente miró el reloj, que señalaba las nueve y media y se dirigió otra vez á la ventana. Dª Rosa la detuvo diciéndole: Oigan ésto que es muy gracioso—y empezó á leerles un parte de policía.

—Ya leí eso mamá, dijo Aurora interrumpiéndole.

—Cuándo lo leistes? Sabes que estás mentirosa y que son muchos los deseos que tienes de estar en la ventana.

—Alguien la llamará por ese camino mamá, murmuró Juanito.

—Cheita, exclamó Aurora, á la cual espero!

Dª Rosa miró el reloj y rio con ganas mientras D. Juan se incorporaba en el sillón abriendo los ojos.

—Ya te puedes ir á acostar hija, dijo Dª Rosa, cuando Cheita no ha llegado ya es porque no viene.

Aurora sintió tan fuertes ganas de llorar que volvió la cara, en tanto que D. Juan decía: Me parece que ya es hora de *encamarnos*.

—¡Jesús! exclamó Juanito levantándose, me estoy sintiendo ave de corral.

—Bueno, insistió D. Juan, yo tengo sueño y voy á tomar el café con leche.

—Pues yo me voy á tomar el fresco á la ventana, dijo Juanito encaminándose á ella seguido de Aurora.

—Si no viene Cheita no voy á poder dormir, murmuró casi sollozando Aurora.

Ni yo, contestó Juanito, se me figura que si me duermo no se escapa Julio.

Aurora miró á su hermano con rabia diciéndole: quisiera tener esa sangre de horchata, para reirme de todo como tú.

—Pues chica me parece que estoy bien serio, repuso Juanito. Mira, continuó señalando hacia la calle, aquella no es Cheita?

Aurora sacó medio cuerpo fuera de la ventana y solo vió un soldado bórracho que se dirigía hacia San Lázaro. No juegues Juanito, mnrmuró con cólera, ni te burles que te puede pesar.

—Perdona chica, pero no me negarás que ese soldado crmina lo mismo que nuestra prima.

Aurora se quitó de la ventana y se dirigió al comedor, donde su padre la recibió brindándole café con leche.

—No tengo ganas, contestó Aurora con desabrimiento.

—Pues tienes que tomar algo, exclamó Dª Rosa, hoy no has comido nada.

—El reloj dió las diez y Aurora con los ojos llenos de lágrimas entró en su cuarto. D. Juan dió á José orden de cerrar la puerta y la ventana de la sala.

—Oiga papá, dijo Juanito, yo cerraré cuando me vaya á acostar.

—Bueno es lo mismo, entonces dile que ponga la basura y que se acueste.

A las diez y cuarto Juanito se separó de la ventana murmurando: Rezemos un padre nuestro por su alma. Bebió un poco de agua y se dirigió á la ventana con ánimo de cerrarla. Aurora le salió al encuentro. Tenía lós ojos enrojecidos por el llanto y trataba de ocultárselos á sus padres. Qué quieres? le interrogó Juanito.

—Tú crees que se habrá escapado?

Juanito se dirigió á la ventana y al ver que un coche se detenía á la puerta de la calle corrió hacia Aurora que iba á entrar de nuevo en su cuarto diciéndole: Sí!

Aurora se volvió asustada á tiempo que dadan dos aldabonazos en la puertu: Será Cheita? preguntó.

—¡Ella es!

Aurora se precipitó hacia la puerta y abriéndola de golpe estrechó entre sus brazos á Cheita, después abrazó á Dª Julia y á Cheché.

Juanito se acercó interrogando con la mirada y Aurora apretándole nerviosamente el brazo le dijo al oido: Ya está con los suyos!

D. Juan y Dª Rosa salieron á recibir á los recien llegados.

—Yo creí que no venías, exclamó Don Juan abrazando á su hermana: y besando á sus sobrinas les preguntaba: Por qué tan tarde?

—Porque Cheita no estuvo lista hasta las nueve y media.

—Quieren tomar algo? dijo Dª Rosa.

—Sí, sí, exclamó Aurora alegremente, café con leche para todos.

Se sentaron en el comedor y D. Juan se despidió para acostarse diciendo que no armaran bulla.

Juanito permaneció pensativo en lo sala y como si repentinamente tomara una resolución entró en el cuarto de su padre. D. Juan en paños menores se enjuagaba la boca y se volvió hacia su hijo: Qué se te ofrece chico? le dijo.

Julio me encargó esta mañana que le entregara á Ud. esta carta antes de acostarse.

Don Juan palideció y arrojando el buche de agua que había tomado mientras Juanito hablaba contestó: Léemela.

Juanito leyó: "Querido padre: Cumpliendo una orden de mis jefes me presenté. Hoy que las órdenes que recibí están cumplimentadas vuelvo á incorporarme á las filas de los mios. Tú me creiste cobarde ó traidor y esa ofensa solo á tí te la perdono.

Te abraza tu hijo que te idolatra

JULIO."

Cuando Juanito terminó la lectura de la carta vió que las lágrimas corrían por la cara de su padre, en tanto que la satisfacción más grande se pintaba en su rostro. Miró á Juanito y quitándole la carta murmuró: ¡Gracias hijo mio, me has devuelto la vida!

***

Era una tarde del mes de Octubre: la temperatura de una dulzura paradisiaca invitaba á gozar de la vida. El cielo azul pálido y completamente limpio de nubes, se teñía con tenue resplandor rojizo hacia el ocaso. La mayoría de los habitantes de la Habana gozaban de aquella espléndida tarde, recibiendo los últimos rayos del sol, en las azoteas. Dª Rosa y sus hijos, recostados eu ei muro de la calle, esperaban á D. Juan, que había salido precipitadamente, llamado para un asunto del servicio, por el jefe de su batallón. Juanito, entregado á los más dul-

ces ensueños, estaba en un momento de verdadera felicidad; vivía en la Tierra y se hubiera asombrado de verse en ella en aquel instante. Aurora contemplaba el ir y venir de las olas y la brillante espuma al esparcirse por la playa. Dª Rosa pensaba en su marido y en sus hijos y rezaba rogándole á Dios la terminación de la guerra.

El silencio que reinaba en la azotea fué roto, repentinamente, por la voz de D. Juan que, desde el patio de la casa, anunciaba alegremente su llegada. Dª Rosa corrió al muro que daba al patio y lo invitó á subir. Un minuto después D. Juan estaba en la azotea.

—Para qué te querían? preguntó Doña Rosa.

—Para comunicarme la orden de salida de mi compañía.

Dª Rosa palideció repentinamente diciendo: Y tú vas?

—Pues ya lo creo mujer; soy el primero!

A Dª Rosa se le llenaron los ojos de lágrimas y sin poderse contener se cubrió el rostro con las manos.

—¡Por Dios mujer! exclamó Don Juan dando una patada en el suelo. Ni que me fueran á matar, no vamos nada más que á la trocha y eso por dos meses.

—¡A la trocha! sollozó Dª Rosa, y abrazando á su esposo continuó: No vayas Juan!

Juanito y Aurora que se habían acercado, contemplaban el cuadro formado por sus padres sin intervenir para nada en aquella lucha: tenían la seguridad de que su padre no retrocedería ante nada.

—Oye Rosa, dijo D. Juan con toda calma entrando en la habitación de Luis, seguido de los demás. Atiende á lo que te voy a decir: Tú sabes que mi mayor gusto ha sido toda la vida, verte alegre y satisfecha, que mi mayor placer es darte gusto en todo cuanto me pides; pues bien, si después de lo que te voy á decir insistes en que no uaya, te juro por Dios que aquí me quedo.

Todos permanecieron silenciosos algunos minutos, Dª Rosa enjugó sus lágrimas y D. Juan continuó: Cuando me llamaron esta tarde no sabía de lo que se trataba, pues no creí que á mi compañía le tocara salir tan pronto; pero cuando me dieron la noticia, aunque me sorprendió bastante, pues no son los hombres de mi edad los más aptos para esas cosas. en aquel momento me sentí tan altamente honrado por mis jefes, que lleno de satisfacción acepté y quedó convenido que saldríamos dentro de cuatro días á relevar á nuestros compañeros, que llevan ya cerca de cuatro meses en aquellos lugares. Sólo vamos por dos meses y tenemos un crédito de 8000 pesos para todo lo que necesitemos, incluyendo el plus de campaña.

D. Juan entusiasmado iba á continuar dando detalles completamente olvidado del fin que perseguía con sus palabras, cuando Doña Rosa lo interrumpió diciéndole: No sigas Juan, has dado tu palabra y tienes que ir. Me resignaré y sufriré hasta que Dios quiera.

Don Juan abrazó fuertemente á su esposa y cargándola corsió con ella hasta la escalera

gritando lleno de alegría: No sufrirás porque todas las semanas vendré á verte!

Después que bajaron sus padres y Aurora, Juanito cerró la puerta que daba salida á la azotea, bajó á su vez y dirigiéndose á la mesa de comer en la cual humeaba la sapa murmuraba: Cada loco con su tema......y comamos, los duelos con pan son menos.

Quince días después de haber salido D. Juan á campaña, paseábase con tardos y cortos pasos, á las doce de la noche, por delante de uno de los múltiples fortines defensores de la trocha. La calzada, clareando á través de la oscuridad, bajo el fulgor inusitado de las estrellas, extendíase á lo léjos ante los desvelados ojos de Don Juan, cual si fuera una cinta cenicienta agitada por la brisa. Los moribundos gritos de ¡alerta! se acercaban, rebotando de fortín á fortín, adquiriendo vigor por minutos, extremecían el aire un instante y después se alejaban, languideciendo poco á poco, hasta perderse envueltos en las sombras de la noche. La atmósfera limpia y transparente, cruzada en todas direcciones, por estrellas fugaces, permitía contemplar las constelaciones que, en su invisible movimiento, desaparecían lentamente por el Ocaso. Don Juan, absorto, detuvo sus paseos y levantó la vista al firmamento. Júpiter con su luz tranquila declinaba en su carrera y Sirio se elevaba, llenando la inmensidad con sus infinitos resplandores. D. Juan sintióse sobrecogido de terror, ante el grandioso silencio del espectáculo que contemplaba. El silvido sutil de los grillos le extremecía y palpando el revólver que llevaba

en la cintura, perforaba la oscuridad con sus miradas, buscando un enemigo, convencíase de su error y abochornado miraba hacia sus piés, como temiendo la luz de las estrellas......El grito de ¡alerta! volvió á sentirse muy apagado, muy lejano, como si saliera del fondo del Océano: cambiando de tono en cada una de sus languideces, parecía despertar sobresaltado, sorprendiendo al centinela del fortín con que chocaba. D. Juan, con el oido atento, saboreaba aquel grito perezozo y desvelador, esperando escuchar á su centinela. Llegábale por fin el turno: como olas cada vez más potentes, en cada uno de sus arranques, acercábase. D. Juan escuchó el grito que brotó del fortín contiguo al suyo y palpitante, esperó inútilmente que reviviera al languidecer dentro del que estaba á cargo de su compañía. Helado de espanto recogió la última vibración sonora y la lanzó al espacio, fortalecida con todas las fuerzas de sus pulmones. Empuñó su revólver é impulsado por una rabia ciega, por ira asficciante, entró en el fortín. El centinela dormía a pierna suelta, Don Juan le dió un tremendo puntapié, el centinela despertó sobresaltado. rápido como el rayo empuñó su carabina y la descargó hacia la sombra que tenía ante sí. Los fortines todos, como si repentinamente se hubieran convertido en bocas de fuego, vomitaron llamas, la confusión, el desórden más inaudito, pareció haberse apoderado del silencio y tranquilidad de la noche; los tristísimss gritos de ¡alerta! convirtiéronse en imperiosos gritos de mando, que las detonaciones incesantes de las armas de fuego hacían ca-

si ininteligibles......El fuego cesó al cabo de diez minutos, D. Juan temblando de rabia y sin haber disparado un tiro, salió del fortín. Un grupo, formado por oficiales y jefes de todas armas, le rodeó, y tuvo que detenerse, iba á hablar cuando el de más graduación, estrechándolo entre sus brazos exclamó: ¡Bravo! ¡Soberbio! con hombres como usted ya puede nuestro general dormir tranquilo, porque nadie pasará la trocha!

Y mientras D. Juan como un sonámbulo sufría los apretones de manos de tódos sus compañeros, sentíase abofetear por las frases que flotaban á su alrededor. "Era un grupo numeroso." "Muchas bajas deben haber tenido." ¡"Ni tiempo le dimos para contestar el fuego!"

Al dia siguiente el general Arolas propuso á D. Juan para una cruz, y al enterarse el honrado vizcaino de aquella resolución, ruborizado, bajó la cabeza murmurando: ¡Pobre España!... Después le escribió al general, negándose á recibir ninguna recompensa, por entender que todo había sido una falsa alarma.



Muchos días después de aquellos sucesos, en los primeros de Diciembre, D. Juan, reunido con algunos de sus amigos y compañeros, en una casa del pueblo de Artemisa, discutía sobre la guerra, Morado de indignación, paseándose á grandes pasos de uno á otro lado y gesticulando y manoteando como un desequilibrado, elevaba el tono de su voz, enterando de su discu-

sión á muchos vecinos del poblado. Después de un momento de un murmurador silencio, volvió á elevarse con más potencia aún la voz del capitán, que preguntaba: Y los ocho mil pesos que yo ví entregar á nuestro jefe; dónde están? en qué se han invertído?... ¡Porque todos son testigos de que á nosotros no se nos ha dado un centavo, que comemos gracias á nuestro crédito con los comerciantes de este pueblo, y lo que es más aún, la pólvora y las balas que usamos hace quince días, nuestro dinero nos cuestan!......

—D. Juan, dijo uno interviníendo, puede ser que nuestro jefe no tenga ordenes y........

—¡¡Qué órdenes ni que ocho cuartos!! gritó D. Juan descargando sobre una mesa su robusto puño. ¡Lo que no tiene ese hombre es vergüenza! ¡A mí no me puede negar que entre él y otros á quienes no quiero nombrar, se han quedado con el dinero de nuestra Compañía! ¡Canallas! Con hombres semejantes España no podrá nunca vencer. Sus enemigos más terribles no están entre esos insurrectos, que hacen á diario correr nuestra sangre; sino entre sus mismos hijos, que vienen á Cuba á chupar su oro! Sin ir más lejos, ayer, no han tenido ustedes que partir su comida con un grupo de soldados á quienes el hambre hacía delirar.....?

Los circunstantes movieron la cabeza afirmativamente y Don Juan, pasándose la mano por la frente y cambiando su actitud, severamente indignada, por el desfallecimiento y tristeza más absoluto, cotinuó: Yo les dejo mañana mismo, no quiero ser por más tiempo testigo de tanta farsa. Deseo tranquilidad, reposo de cuerpo y

de alma, no quiero pensar en nada, porque siempre he de llegar á la conclusión tristisima, de que esto se lo llevará la trampa......

Dos ó tres protestaron suplicándole se quedara con ellos, y D. Juan insistió en su resolución, hasta que uno de sus amigos, ya ímpaciente, se puso en pié exclamando: ¡Si los buenos desertan de nuestras filas no se diga nada de los malos!

A D Juan le parecieron aquellas palabras martillazos sobre su pecho, se volvió á sus amigos y con resolución exclamó: Me quedaré hasta el fin.

Minutos después salían alegremente á ocupar sus puestos en la trocha, que habia sido atacada dos veces aquel dia, por cuyo motivo se había doblado la guardia. A las diez de la noche entro de servicio D. Juan y como de costumbre empezo á dar su paseo. Era una noche fría y oscura de nuestro raquítico invierno, un airecillo helado del N O. extremecía las carnes y obligaba a tener resguardadas las manos. D. Juan envuelto en su frazada y con las manos metidas en los bolsillos del pantalón tiritaba. El *rac rac* de un sapo, habitante de la zanja que les servía de principal defensa, erizábale el cabello; maldiciendo de vez en cuando, inclinábase, cogía una piedra y la arrojaba con fuerza hacia la zanja, la piedra chocaba con el alambrado lleno de puas que resguardaba la zanja, y un sonido seco y metálico se mezclaba con el *rac rac* del animal.

De pronto el capitán se detuvo en sus paseos: le pareció pareció que el aire le había traído un rumor confuso é inexplicable, se arrojó al suelo y pegó el oído á tierra. Era indiscutible que había gente por aquellos lugares. Levantabase

pensativo, cuando la voz de arma le hizo dar un salto, al mismo tiempo que dos descargas cerradas, le indicaban el lugar donde estaba el enemigo...... Guarecida tras la zanja y parapetos, su Compañía contestó al fuego. D. Juan descargó su arma y se inclinó para qne un soldado ocupara una posición menos expuesta, después dió un paso para acercársele. El enemigo hizo otra descarga, el cuerpo de D. Juan bamboleó y lanzando un tremendo ¡rayos! rodó por la carretera....

* * *

El alegre tocar de las campanas de la mayoría de las iglesias de la ciudad, el estampido de los chupinazos y el estallar constante de los cohetes, indicaban la alegría que reinaba en la Habana, más que el ir y venir constante por las calles y los abrazos y cara de satisfacción de la mayoría de los habitantes de la ciudad.

Juanito, al enterarse de la noticia estupenda que devolvía la vida á casi todos los españoles, tuvo un momento de duda, pero cuando á las seis de la tarde de aquel dia nefasto sintió la algazara de las campanas y voladores, perdió la más leve esperanza y encogiéndose de hombros murmuró: Quedan sus discípulos y en cada uno debemos ver otro Maceo.

Cerca de las ocho de la noche salió á la calle sin llevar rumbo fijo. A pesar de su indiferentismo, aquella noticia había hecho vibrar la fibra más sensible de su corazón, y como un autómata atravesaba las calles sin ver, oir ni pensar. Se detuvo repentinamente ante la imposibilidad material de atravesar una multitud abigarrada,

y vuelto en sí observó que estaba en los portales de Albisu...... El lleno debía ser completo aquella noche, según podía presumirse por el público aglomerado en los portales del Teatro: Juanito leyó el cartel anunciador. Se ponian en escena en primera y segunda tanda respectivamente "Cádiz" y "El tambor de granaderos"......Ambas zarznelas las conocía Juanitó y apesar de ello sintió deseos vivisimos de entrar en el teatro..... Sacó su papeleta y fumando un tabaco, cmpezó á caminar dando estrujones, por los pasillos. La función empezó y Juanito, que no tenía luneta se colocó en primera fila de expectadores de á pié.

La musica de "Cádiz" íbale poniendo alegre y ya tenía deseos de burlarse de uno de sus vecinos, convertido desde el principio de la función en apuntador honorario, cuando repentinamente, se suspendió la representación; para que uno de los principales artistas de la compañía leyera al público el último "Suplemento" de "La Lucha", que acababa de salir de la imprenta. Juanito se enteró de todas las cosas que le habían cogido á Maceo, en medio de los arrogantes vivas y frenéticos aplausos de la concurrencia. Cuando terminó el artista la lectura, hubo un momento de silencio, que rompió un expectador dando un tremendo ¡viva España! La concurrencia no secundó, como merecía, aquel grito, por estar aun atendiendo al Suplemento y entonces Juanito mirando con rabia á todos los que le rodeaban y diciendo "hay que gritar viva España! levantó en la punta de los dedos su sombrero y lanzó un ensordecedor viva, seguida

de la más asquerosa palabrota del vocabulario callejero. El teatro en masa, contestó aquel viva y Juanito satisfecho, salió á la calle murmurando: Hay que conocerlos, sin la coletilla no hace efecto.

Juanito respiró á todo pulmón cuando se vió en el Parque Central. Allí la banda de ingeniero tocaba un potpourrit de aires nacionales. Verdaderamente empalagado por tanta música española y no queriendo reunirse con sus compañeros de todas las noches, pues solo deseaba encontrar distracciones, se encaminó por el Prado hacia el Campo de Marte. Al llegar á la esquina de Dragones vió espléndidamente iluminado el Casino Español é instintivamente, atraído por tantas luces se dirigió hacia aquel lugar.

El "Casino" derrochando un capital en luces, voladores y cohetes, celebraba, poseído del más febril entusiasmo, la muerte de Maceo. En los portales Juanito no oyó una palabra ofensiva para el heroe caído antes al contrario, todos hablaban de él con respecto, lo elevaban hasta las nubes y después hacian constar que, solo soldados españoles hubieran podido dar cuenta de él..... Juanito entró en el "Casino". En diferentes mesas repartidas por el salón jugaban algunos socios al tresillo. Juanito se dirigió á la primera mesa, donde D. Anselmo jugaba con tres amigos. Al ver á Juanito recogió las cartas que en forma de abanico sostenía en la mano, saludándolo casi á gritos con un: Aquí tienen Vds. al único hijo honrado de nuestro amigo Juan.

A Juanito le pareció que acababan de darle una bofetada, disimuló el mal efecto que le ha-

bía hecho aquella recomendación y se acercó á la mesa con la sonrisa en los labios.

— I que tal pollo, que te parece la muerte del gran guerrillero cubano, exclamó alegremente D. Anselmo, después de poner las cartas sobrantes. en el platillo que tenia á su derecha.

Juanito sintió que se ponía pálido, lanzó una blasfemia y descargó con fuerza el puño sobre el platillo: los naipes y las fichas volaron, los jugadores se dirigieron miradas de asombro y D. Anselmo hizo retroceder su silla, mientras Juanito rojamente indignado y echando chispas por los ojos gritaba: ¡Eso me lo dice Vd. para mortificarme más de lo que estoy! Si mi padre me hubiera permitido salir á pelear al lado de Cirujeda, como se lo pedí, hoy lleno de gloria, podria entrar en el ejército regular......! y sin añadir una palabra, haciendo aspavientos con los brazos, dió media vuelta y se dirigió al fondo del salón, en tanto que D. Anselmo y sus amigos ayudaban á un criado á recoger las cartas y las fichas.

Al poco rato Juanito salía del "Casino", dirigiéndose á la calle de la Muralla, donde muchos establecimientos habían colocado en su fachada farolitos de colores..... el estallar de los cohetes era tan continuo que de lejos la calle parecía cubierta de chispas. En la sombrerería de D. Felix corría la cerveza, cinco ó seis comerciantes, invitados por D. Félix, celebraban la muerte de Maceo. Juanito entró como una exhalación en el establecimiento, abriendo los brazos y exclamando: ¡Como exita y da coraje este olor á pólvora de cohete!

—¡Ola muchacho! exclamaron todos al verlo entrar. Llegas á tiempo, añadió D. Félix, para tomar una copa de cerveza.

¡Venga esa copa, gritó Juanito alargando el brazo hacia la que le ofrecía. Las buenas noticias deben celebrarse, para olvidarnos de las malas. La Patria antes que todo!

—Sí traes alguna noticia mala suéltala; que ahora no hace efecto, exclamó uno de los comerciantes.

—¡Otra copa, otra copa! gritó D. Félix llenando una vez más las de sus amigos y acercando después la suya á los labios.

Juanito, como pidiendo aprobación á sus palabras levantó su copa diciendo: Pero hay que convenir en que Felipín murió tambien como un valiente.

D. Félix tembló como la hoja de un árbol: pálido y desencajado colocó su copa sobre el mostrador, en tanto que con la mano, se enjugaba las gruesas gotas de sudor helado que brotaban de su frente.

—¡Como has dicho! preguntó con voz entrecortada.

Los amigos de D. Félix colocaron sus copas á medio vaciar sobre el mostrador, en tanto que Juanito con la boca abierta, miraba como alelado á D. Félix.

—¡Habla! gritó D. Félix dirigiéndose á él.

—Pero Vd. no sabía nada? preguntó Juanito.

—¡No: ¡Habla!

—Yo me he enterado de la noticia por el último Suplemento de "La Lucha".

—¡Ah! si! exclamó uno de los visitantes, en el

combate de Matanzas, pero allí no se nombra á Felipin.

—¡I quien es entonces el muerto nombrado Felipe ayudante de mi hermano Luis.....?

D. Félix con las manos en la cabeza corrió hacia el fondo de la casa. La reunion se disolvió y Juanito entre alegre y pensativo, se dirigió á su casa... Cuando ya acostado en su cama apagó la vela, terminaba sus reflexiones murmurando: "Tengo mal corazón, es indudable... He matado á Felipín y aun estoy gozado con el mal rato que le he hecho pasar al bonísimo de D. Félix........."

Habana Marzo.....de 1897

Querido hermano Luis: Tu carta ha caído en esta casa como una bendición del cielo...Papá, aun convaleciente de una herida que recibió en la trocha, allá por el mes de Diciembre, nos había hecho olvidarles á Vds, para solo pensar en él. Cuando supo que vivias, desapareció su tristeza y decaimiento, y, aquel mismo dia, se sentó por primera vez, después de su herida, á la mesa...hoy tengo esperanza de verlo pronto completamente bien.

Me preguntas por mi vida y debo decirte que pasa monótona en la soledad de mi cuarto. Julio hace cerca de año y medio que está en la manigua... De noche voy al Prado, donde estoy entre cubanos laborantes, y de dia en mi trabajo, entre españoles rabiosos... por la noche me río con la Luna de las bilis que me hace tragar el Sol!

En los ratos de ocio hago la estadística de la guerra, según los partes oficiales que publican los periódicos, y mi satisfacción no tien límites, porque comprendo que todo cuanto dicen es falso. Para que veas una prueba de mi trabajo y te rías con tus compañeros, repitiendo aquello de "Los muertos que vos matais, gozan de buena salud" te transcribo aquí la estadística de los meses de Enero y Febrero de este año:

ENERO

Insurrectos muertos en el campo de batalla en la primera quincena 417

Idem en la Provincia de Pinar del Rio........ 126
Prisioneros y presentados........................ 186

TOTAL.......................... 729

Segunda quincena. Insurrectos muertos en el campo de combate.............................. 343
Idem en Pinar del Rio................................ 121
Prisioneros y presentados........................ 244

TOTAL.......................... 708

De donde resulta que según los partes del gigantesco Weyler, Vds. han tenido en un mes, y conste que es el más humanitario hasta ahora, la módica suma de 1437 bajas efectivas......

Supongo que es una broma tuya, lo de que no comes carne hace más de seis meses; porque mi estadística me dice, y tu sabes el valor de la estadística, que eso es lo que más abunda por allá, ó por lo menos abundaba en Enero, y si no lée..

Reses cogidas á los insurrectos en la primera quincena.. 1064
Idem en la segunda.............................. 1098

TOTAL.......................... 2162

En cuanto á caballos no digo nada. Hoy serán Vds. de infantería, no lo dudo, pero hasta el último dia de Febrero estaban Vds. abarrotados de esos animales, y si no á mi estadística.

Caballos cogidos á los insurrectos en la primera quincena.. 388
Idem en la segunda.............................. 752

TOTAL.......................... 1120

En resumen te voy á dar las cifras correspon-

dientes al mes de Febrero, para que te pasmes de las pérdidas que han tenido...... Vds.:

Muertos en combate..................................	1203
Prisioneros y presentados........................	364
TOTAL..................	1567
Reses..	1696
Caballos..	1047

Habrás notado que no publican los periódicos, oficialmente á lo menos, nada referente á los muertos por enfermedades, por lo cual les envidio con toda el alma, pues los considero rebozantes de salud.

Felipin está tambien en la guerra con el general García, y su padre babea de rabia por la *traición* del hijo.

De lo demás que me preguntas en tu carta no te puedo decir nada... bastante hago con escribirte esta confiando en X...

Escribe cuando puedas que siempre te contestaré. Te abraza tu hermano

Juan.

Haqana Diciembre de 1897.

Querido Luis: ¡Por fin das señales de vida, después de haberme obligado á llevar tres meses de luto...! Ya te había heredado: tu ropa, tus libros, todo, hasta el pelo de una de tus novias, ocupaba un lugar en mi armario y lo cuidaba con esmero exquisito, por que lo consideraba de mi propiedad... Hoy, después que termine esta, volveré á llenar tu armario, sin tomarme siquiera el trabajo de sacudirlo...

Pocos, muy pocos de los hombres que están en la guerra, tendrán un heredero de las condiciones del que tu tuviste, por cuya razón, debes declararte muerto, á los efectos de la devolución de tus bienes.

Ya supondrás los dias que ha pasado nuestra pobre madre, desde el terrible en que los periódicos publicaron oficialmente, tu muerte y la del general Máximo Gomez; nuestra casa parecía un sepulcro lleno de sombras lloronas y yó, querido Luis, una sombra queriendo escapar del sepulcro.

No me ha causado menos admiración tu repentina vuelta á la vida, como el saber que estás acampado en la provincia de Matanzas: y mi admiración conviértese en incredulidad supina, cuando me aseguras militarmente, que allí permanecerás mucho tiempo y que, desde allí, sostendrás conmigo sabrosa correspondencia...

Si "El Guerrillero" periódico que por estos barrios se publica, para gloria y orgullo de nuestra hermosa habla, leyera tu carta, moriría

de indignación patriótica, por causa de tu grandísimo embuste...... Aun conservo, para darte con él en las narices, su "Ultima Hora" del 22 de Septiembre próximo pasado. Dicha hora última contiene la carta del General Weyler al Ministro de la Guerra, dándole cuenta detallada de su gestión en esta y del estado de la contienda...... En esa carta el napoleónico Weyler, afirma que el Occidente está completamente pacificado, que los trenes corren de un lado á otro sin interrupción & & y que en Oriente, apenas si quedan cuatro gatos, escondidos en las fragosidades de la Sierra............ ¿Crees tu que puedo dudar un momento, entre lo que dice el grande y annibaliano Weyler y lo que me hace palpar un resucitado de tu calaña...? ¡No! ¡Mil veces no! Quédate en Matanzas, sosten con las fuerzas de tu mando encuentros diarios y sangrientos con tus enemigos...... que yo siempre sostendré que sois espectros de ultra tumba y vuestro mortífero fuego, fuego fatuo que brota de las entrañás de la Tierra!

La Autonomía es un hecho cuasi consumado... El primer día del venidero 1898 empezará á reinar entre nosotros...... ¡Adios ilusiones vuestras......! España ha hecho un esfuerzo y coloca el bálsamo bienhechor, en la herida putrefacta de este apéndice de su cuerpo... Ya se sabe quienes han de formar el primer ministerio... ¡Qué hombres querido Luis! ¡Qué cabezas...!! Hay dos entre ellas que si las llenáramos de oro molido y después las pesáramos, apesar de que pesarían algunas toneladas, todavía no tuviéramos cantidad suficiente del valísimo metal, para equi-

parar el valor de esas mismas cabezas unidas á los hermosos cuerpos que coronan.

¡Adios para siempre la esperanza de una intervención americana...! Esas cabezas grandiosas que la Patria agradecida conservará alcohólicamente, en no lejanos dias, se atraerán á los revoltosos de la manigua, y harán molder el polvo de la vergüenza á esos politicastros americanos, que á diarío piden el reconocimiento de la beligerancia á esos treinta ó cuarenta mil locos que, con las armas en la mano, defienden sus ideales, rechazando ¡imbéciles!! los puñados de monedas que, á minuto, les ofrecen las. grandes cabezas que representan hoy la autonomía......!

I aquí termino esta querido hermano, esperando abrazarte el día de Reyes, después de haberte visto jurar, en unión de todos tus compañeros, sumisión eterna á la bandera española, sostenida por las lenguas lanceoladas de los autonomistas, padres nuevos de la Patria...!

Te abraza

JUAN.

Abril de 1898.

¡Cuanto he llorado Luis querido después de haber leido y releido tu carta! Solo perdidamente loco, irremediablemente loco, puede un hombre afirmar, de la manera categórica que tu afirmas, la realidad de la guerra entre España y los Estados Unidos y la derrota de aquella, al chocar violentamente, con el inmenso poder de esta!

¡Desgraciado! Parece que has escuchado alguna de las casi diarias discusiones, que sostiene nuestro padre con D. Félix y D. Anselmo... y que te complaces en darle la razón al autor de tus dias, desoyendo los periodos candentes, las pruebas irrefutables de sus contradictores.

De donde sacas tu, donde están esos barcos americanos, capaces de competir con nuestra escuadra...? Donde están los esforzados marinos, los hombres corazas; capaces de combatir contra los marinos esforzados, las corazas humanas, que llenan los barcos de la marina española...? Loco, irremediablemente loco, perdidamente loco estás, si buscas ó crees haber encontrado semejantes cosas, en un pueblo de infelices eomerciantes y pacíficos usureros...!

Es verdad que las grandes cabezas autonomistas han resultado llenas de viento de tanto inflarse de orgullo. Los sucesos de Enero cón todos sus gritos de mueras y vivas, les afirmaron en sus poltronas ministeriales y tan bien se sienten en ellas, tan riquísimamente sabroso es su jugo que, uno de ellos, el menos jugoso por cierto, antes quiere ver hundida la bóveda celes-

te, sobre este girón del Continente Americano, que destrozado el bondadoso sillón presidencial de la autonosuya, por los yankees y cubanos.

Me pides detalles acerca de lo del "Maine" y casi estoy por mandarte enhoramala... ¡Si Vds. están más enterados que nosotros, de todo lo que entre nosotros pasa...!

Aquella nache estaba sentado en un banco del Prado, hablando con un íntimo amigo; y completamente olvidados de la guerra y de sus goces, le daba una lección práctica de astronomía... De cara al Oriente, recorría la celeste bóveda, con el índice, muy estirado, señalando á las estrellas y llamándolas por sus nombres, como pudieran hacerlo cualquier Júpiter ó Flammarión...; cuando mi dedo, bajó rápidamente, para que mi amigo y yo nos levantáramos llenos de asombro, siguiendo con nuestros ojos desesperamente abiertos, un bólido fenomenal que, envuelto en densa columna de humo, brotaba del fondo de la Tierra, para desplomar, sin duda, la bóveda celeste... La gigantesca columna de humo se vió coronada repentinamente, en su vertiginoso avance hacia lo alto, por una luz sangrienta y, detonando, parpadeó brillantemente un ségundo, para desaparecer confundida en las sombras de la noche............!

Un relojero aleman que se paseaba con un amigo, se detuvo pálido ante nosotros, preguntando ¿que será? y como surgiendo de la arena del paseo, un hombre en camiseta lo atravesó con la velocidad del rayo, lanzando al aire una exclamación que á todos nos pareció clara y distinta: ¡El Maine......!

Esto es todo lo que sé del barquichuelo ameri-

cano. Si lo volaron ó voló, es cosa qne me tiene sin cuidado; lo único que puedo afirmarte es que, á D. Félix y á D. Anselmo, les cagió de sorpresu la explosión y que papá, al enterar-e, inclinó la cabeza murmurando "Cuba se ha perdido para España".

Solo me resta ver realizado tu pronóstico, pues el de papá, me ha tenido muerto de risa tres dias con sus noches;... y una vez declarada la guerra, prepararme á gozar de las palizas que han de llevar esos tan entrometidos y pacíficos usureros. como ingeniosos y activos comerciantes.

Sin más por hoy te abraza tu hermano

JUAN.

Mayo...... de 1898.

¡Bloqueado!! ¡Soy un pacífico y paseador bloqueado! A mi rededor, las encrespadas olas del revuelto mar de las pasiones se agitan, chocan y espumean. presentando como penachos las más inmundas palabras...... las más sublimes groserías......

¡Qué deliciosa tarde aquella...! Tranquilo, con la tranquilidad del bendito que espera ganar el cielo, saboreando, después de comer, y á la puerta de su casa, un riquísimo "cazador"; saboreaba un riquísimo "Caruncho"; dejando vagar mis ideas por entre las espirales cenicientas y azuladas, que formaba el humo de mi tabaco, despedido por mis labios, en forma de trompa, hácia los espacios..... Claridad sanguinolenta besaba cariñosamente azoteas y tejados, contadas gotas de una lluvia lenta y raquítica caía misteriosamente, señalando su caida con desparramados puntos negros en toda la extensión de las aceras; y dos pacíficos voluntarios hablaban heróicamente, en la fonda de la esquina; cuando tres cañonazos pusieron en conmoción á los voluntarios, á tu hermano y á toda la ciudad......!

Si vieras querido Luis á estos hombres, la frialdad de la muerte se apoderaría de tus esperanzas... Multitud abigarrada dando desaforados gritos, recorría las calles hasta detenerse en el Prado. El elemento español estaba representado en todas sus gerarquías, desde el honrado, enriquecido y ya noble detallista, hasta el aromático galopin recien llegado, desde la lustrosa

chistera hasta la mugrienta boina... Todos, sín distinción, aclamaban al Ministro de Marina, y hasta yo me sentía dispuesto á gritar, admirado de la actitud de este hombre admirable y de su valor supraterrestre, demostrado, gigantescamente, por ese gobernante, con sus palabras divinas....!

Juzga Luis de lo que te digo y llora de rabia y admiración leyendo este recorte del "Diario de la Marina".

"CONTESTACION DEL MINISTRO"

"El Comandante General del Apostadero, ha "comunicado al Ministro de Marina, que la Ha-"bana se halla bloqueada por la escuadra amé-"ricana y el Ministro contestó, que la escuadra española romperá el bloqueo."

Se puede dar mas grande y sublime sencillez...?

Julio le escribió á mamá hace pocos dias, dedicándome en un pedazo de papel muy cerrado y bien lacrado, sus últimas impresiones y pensamientos con respecto á sus enemigos. Al leer lo que me decía lo maldije y para que tu también lo hagas, voy á trasmitirte su último pensamiento: "Solo dos clases de españoles hay: bue-"nos los unos y malos los otros. A la primera "categoría pertenecen todos, absolutamente "todos, los españoles muertos y á la segunda "todos, absolutamente todos, los españoles "vivos"............

¡No los ha visto él en este delicioso mes de las flores, y por eso se expresa así¡ Todos. llenos de santo amor á la Patria, rebozando honor, hi-

dalguia y humanidad, esperaban el *tercero* y *glorioso* dos de Mayo... I con esa sublime idea fija en los más recónditos intersticios de sus cerebros, maldecían de los bandos sobre los víveres, escondiendo cuanto comestible podían, para venderlos á precios exhorbitantes, ¿Qué mas que al publicar el día 3 el "Diario de la Marina" el "suplemento', que te adjunto, anunciándonos la completa derrota de la escuadra americana en Filipinas, aquellos hombres, ebrios de gozo y de ligerísimos vasos de ginebra, recorrieran las calles insultándoles á Vds...? ¿No debo perdonar al que me detuvo en mitad de mi camino, para insultarme y amenazarme...? ¡Si no le dí un fuerte abrazo á aquel digno patriota, fué porque me alejó de él, el tufo alcohólico insoportable que exhalaba...!

Si ves aquella noche á D. Félix y á D. Anselmo, apesar de lo *cubiche* que cres, me secundas en mi contemplación extática y. hubieras derramado como yo, lágrimas de gozo, al considerar el gozo y satisfacción de ambos. D. Félix, en el centro de la sala, mirando casi a un mismo tiempo á papá, á mamá y á D: Anselmo, con la mano á tres pulgadas del suelo, señalaba la altura á que van á quedar los americanos, en la lucha *en que se han metido*... ¡Paréceme que aun oigo sus magníficos periodos y sin darme cuenta los repito, terminando con su constante estribillo: ¡Así de tamañitos!...... ¡Oh! querido Luis, tampoco podrá olvidárseme nunca, la sonora y despreciativa intergección que, en las mismas narices de D. Félix. dejó caer nuestro padre, antes de abandonar la sala......

¡Qué combate el del día 14! ¡Qué arrojo! ¡Qué abnegación!... Quise contemplar ese combate naval y tomé posíciones en el mirador de nuestra casa... La menuda y ensopadora lluvia que caia, impedíame utilizar largo tiempo mis anteojos... El litoral estaba lleno de gente y en las azoteas solo se veían anteojos, sombrillas y paraguas... El murmullo que venía de la playa se mezclaba con las carcajadas y gritos escapados de las azoteas vecinas... De repente un clamor general que pareció llenar de esperanzas, á la multitud que lo lanzaba y á mi me hizo temblar de miedo, me obligó á volver la cara hácia el "Morro"... ¡Salía un barco de guerra...! Detrás y magestuosamente, como si fueran á un gran sorao, otros le seguían... Las inmensas alas de la muerte parecieron cernirse sobre la ciudad; silencio necropólico y espectante dejó en reposo contados minutos, á las lenguas espantadas en las caras boquiabiertas.....

Los barcos españoles separándose con arrojo y bravura algunos metros de la costa, retan é insultan con su presencia á los barcos enemigos... Rompen estos el fuego, contestan los nuestros maniobrando expertameute hácia todos los puntos cardinales, con excepción del Norte... y á la media hora entran triunfalmente triunfantes en bahía, aclamados por la multitud que, ebria de orgullo, paso á paso los sigue hasta que anclan......

Creo que el único que no ha aplaudido el hecho heróico de esta tarde, ha sido nuestro padre, el cual, desde hace dias, parece abrumado bajo el peso de una gran desgracia.

No te podrás quejar de la presente, he concluido con el papel y con las ganas de escribir que me acediaban. Tuyo

JUAN.

Junio......de 1898.

¡Ya empezaron á correr los cruceros yankees perseguidos por los bravos marinos españoles!".. Ese párrafo que he leido en el "Diario de la Marina" no hace muchos dias, te lanzo al rostro, como un apóstrofe á las invectivas de tu última carta.

Aquí, aunque tu lo dudes, estamos perfectamente preparados para rechazar á los yankees, y lloraría, si señor, lloraria á moco y baba, si me dijeran que se había firmado la paz y perdiera mis patrióticas esperanzas, llenas de anticipada y gloríosa victoria ....¡Con que gusto voy por la noche al obscurísimo Prado, para verle hacer el ejercicio á los marciales voluntarios...! Como se me hincha el pecho de satisfacción, al sentir el patriótico ruido de sus pasos, al unísono del heróico *un, dos, un, dos*... que entona el instructor .... !

Lástima que aquello no estuviera iluminado por potentes focos de luz eléctrica, auxiliados por los imprescindibles farolitos venecianos; pero es necesario ser precavidos...... es necesario tener á la poblacion en una asfixiante obscuridad, para despístar á los bloqueadores.. ¡Estos, con sus potentes focos de luz eléctrica, inundan de luz nuestras playas, mientras los potentes focos de nuestras playas, inundan de brumas á lo infinito......!

La escuadra española ha llegado á Santiago de Cuba, después de batir en su camino á algunos barcos enemigos!...... Las carreras van y vienen de un lado á otro de la ciudad, desde que

el Sol aparece hasta que vuelve á aparecer... La noche de que voy á hablar era negra como un negro...... en el Prado notábase animación inaudita...... Los vendedares de *melcocha* y *majarete*, los paseantes, todos corrian hácia la Punta...... ¡Los voluntarios abandonaban sus nocturnos ejercicios, para correr tambíén en aquella dirección.....! Yo, también corrí; ¡¡Quería ver por mis propios ojos, la llegada de la escuadra que España nos mandaba, para romper el bloqueo...!! ¡Si se realizara tu pronóstico, si esa escuadra fuera destrozada, la mitad de los patriotas españoles de esta Capital morirían de congestión cerebral y la otra mitad de desarreglo-intestinal!

Sí yo te jurara que fuí testigo del hecho que paso á relatarte, no lo creerias; pero te juro que es verdadero y que, aun siento correr por mis venas el fluido de satisfacción patriótica de que me inundó...: Un grupo numeroso de patriotas hablaba cerca de mí, sobre el tema del día; y tan enfrascados estaban en su conversación que, no habían notado un barco que á gran distancia y de tiempo en tiempo, bañaba con sus focos el litoral, confundiendo su luz con la de los focos que están en nuestra costa.

Un patriota distingue al fin una ráfaga luminosa... ¡Qué cara la de aquel hombre iluminada en ese instante por el foco eléctrico de la esquina de Galiano...! Quedó mudo, extático, descompuestas las facciones, los ojos muy abiertos y la boca convertida en una contracción. Levantó un brazo como un autómata y estirando el índice, de tal modo que, alucinado, creí que, con él, tocaba el barco, lo señaló. Sus compañeros vol-

vieron la cara, escudriñando en el lóbrego horizonte, mientras aquel patriota ideal, completamente aligerado de ropas, llamando hácia si la atención y lanzando á sus compañeros una mírada mezcla de lástima y orgullo ¡Yo el primero en verla y en palparla! les gritó lanzándose al agua............

Creémelo, querido hermano, creémelo, hubiera dado una gota de mi preciosísima sangre, por que aquella hubiera sido la escuadra española.

No creas lo del globo. Fué una broma de mal género que tuvo un cobarde laborante, con un valiente y cegato voluntario..... El globo es el planeta Venus que, en esta época, se ve hermosísimo y que ahora resalta más por la oscuridad que nos rodea.

Papá cada vez peor, solo se anima algo cuando lee tus cartas y solo se rie con las barbaridades que escribe Julio- Encerrado en su habitasión no recibe ni aun á D. Félix. Deseo que esto termine cuanto antes, porque el estado de papá me tiene muy intranquilo.

JUAN.

Caía la tarde del dia tres de Julio del año 98. Juanito, completamente ageno á cuanto le rodeaba, paseábase tranquilamente por el Parque Central, entre militares, paisanos y mujeres que, en continuo va y ven, parecían poseidos de alegría extraordinaria. Los desaforados gritos de los vendedores de periódicos volviéronle bruscamente á la realidad; estupefacto se detuvo cerca de un laurel murmurando: "Pero que dicen esos canallas...?" Por todos los ámbitos del Parque resonaban cada vez más estridentes, los gritos, revoluciando á todo el que les oía: Al pasar junto á Juanito, un negrito pregonó con todas las fuerzas d sus pulmones: ¡¡¡"La Marina de última hora, con la derrota de la escuadra americana...!!! Juanito tuvo que apoyarse disimuladamente en el arbol para no caer al suelo... Los dependientes salían á la puerta de los establecimientos, los cocheros se tiraban del pescante, los faldones sacudían los sombreros y los talones aporreaban los fondillos... Todos, todos rodeaban á los vendedores, pagaban sin regatear, leían con avidez, se miraban orgullosos y exclamaban ¡No lo decia...! En el Hotel Telégrafo y en el café de Tacón la animación degeneraba en barullo... Los dueños de ambos establecimientos obsequiaban con champagne, á los militares que en aquel momento ocupaban las mesas, y las injurias á yankes y cubanos menudeaban entre copas......

Viendo tanta alegría y oyendo tantas barbaridades como palabras llegaban á sus oidos, Juanito se lanzó con furia hácia un vendedor y, arrebatándoselo, le compró el "Suplemento"...

Echó á andar devorándolo con los ojos y ya en la acera frentre al café "Aieman", se detuvo, volvió á leerlo tres ó cuatro veces y doblándolo con sumo cuidado lo guardó en el bolsillo..... Su incredulidad crecía por minutos... Un copa llena de champagne, envuelta en un atronador viva á la marina española fué lanzada al aire desde el "Telégrafo" y quedó hecha pedazós en mitad de la calle. Juanito sintió crecer su duda y, sin embargo, murmuraba, moviendo negativamente la cab za, es parte oficial... tiene forzosamente que haber pasado por la censura! Un individuo en camiseta, al pasar junto á él, le dió tan fuerte golpe, que le obligó á bajar la acera. Juanito lanzó un juramento, el individuo no le hizo caso y corrió hácia el Prado; Juanito observó que todo el mundo corría hácia la Punta y, sin darse cuenta, atravesó la calle y echó á correr en la misma dirección.

Sudando, jadeante por los muchos apretones que había recibído, llego á la Punta... Preparábase una de esas serenas tardes del Estío, en las que la suave brisa hace olvidar el ardor de los últimos rayos solares. La mar lisa como un lago, dejaba admirar un azul que parecía mas intenso, al tocar con el celeste... Allá, en la linea divisoria de los dos azules, cuatro barcos recordaban el bloqueo, dando ocasión á graciosas ocurrencias y asquerosas palabrotas... La costa en toda su extensión, estaba materialmente cubierta de personas. La bomba y el chaquet rozando con la boina y camiseta, el elegante calzado junto á la sucia alpargata. A todos animaba la misma idea, todos temblaban de

emoción pensando que, de un momento á otro, verían aparecer la escuadra, que contemplarían el combate sangriento con aquellos fantasmones, que á distancia se dibujaban y que, por último, se extaciarían viéndola entrar triunfante en el puerto de la Habana......

Juanito llegó á su casa un poco triste, entró en la habitación de su padre, que estaba de pié junto á la ventana y le entregó el "Suplemento" D. Juan lo leyó, bajó la cabeza como bajo la presión de una fuerza extraña y levantándola otra vez exclamó, sacudido por la cólera, hundiendo el papel dentro de la palangana llena de agua.

—¡Eso es tan cierto como que yo no puedo hundir este papel sucio y embustero......!

Juanito miró á su padre interrogándole con la vista. D. Juan se volvió con toda calma y apoyando una mano en el hombro de su hijo, continuó: Te agradezco tu buen deseo de darme una buena noticia, pero eso es falso Juanito... A mi, que tantas veces he tenido que ir á los Estados Unidos, no me pueden engañar en estas cosas... Cuatro barcos de esa Nación, serían bastantes para concluir con nuestra famosa escuadra....... ¡I no tendrían ellos donde meter la cara, si un solo barco nuestro se le escapara...!

—No piense Vd. más en eso papá. la verdad no puede tardar en hacerse patente. Me pesa haberle traido ese maldito papel!

—No hijo, exclamó D. Juan—pero sus palabrar tenían impreso un sello tal de tristeza y amargura que Juanito cambió de conversación preguntándole:

—No ha tenido carta de Julio?

La cara de D. Juan se transformó: de triste se hizo placentera y con la sonrisa en los labios contestó:

—Sí, ahí la tienes sobre la mesa de noche, me dice un millón de cosas para quemarme la sangre y consigue todo lo contrario, me tiene riendo dos horas.

Juanito leyó la carta.

—Qué te parece exclamó alegremente D. Juan; quiere que me cuide para exhibirme como al único español bueno que respira!

Julio de 1898.

¡Qué dias más amargos estos últimos que han pasado! La tranquilidad paradisiaca del bloqueo fué interrumpida el dia tres por el "Suplemento" que te adjunto, y durante la noche del 3 al 4 miles de hombres la pasaron en vela, para ver entrar su escuadra...!

El calor de mi cuerpo, el desasociego de mi alma y lo agradable de la mañana, hiciéronme abandonar el lecho muy temprano el día 4. Al aparecer el sol, las calles estaban llenas de vendedores; pregonando el *majarete*, nuestro alimento durante tantas dias y "á centavito la *melcocha*" nuestro veneno durante tantas noches... Fuí hácia la mar: Muchos patriotas se retiraban, otros dormían á la sombra, y al ver sus caras trasnochadas, pensé estar en la región de los expectros... La playa, apesar de haber gente en ella, parecía desierta... ¿Qué pasaba...? ¿Alguna sombra siniestra había recorrido la ciudad robándole su alegría, ó era que hartos de placer y comentarios aquellos hombres, dejaban pasar las frescas horas de la mañana, para empezar con nuevos brios, horas más tarde....?

Me engañaba al forjar estas ideas: Lo que les hacía presentar aquellas caras tan tristes, que me obligaron á contener, lo menos, diez *pucheros*, era simplemente la aproximación de un barco extranjero, el cual, solo podía ser portador de malas nuevas, pues de otro modo no

vendría... ¡Era el "Talbot"! ¡La pesadilla constante de los patriotas de la Habana!

Te juro que si las miradas hicieran daño, aquel buque, convertido en pavesas, hubiera desaparecido. Cerca de mí un individuo murmuró: ¡Quien lo viera como al Maine! Volví la cara espantado y la tranquilidad retornó á mi persona, que sonriendo inocentemente se dijo: Todos son de la misma opinión!

El "Talbot" entró, y á las pocas horas todo eran cuchicheos, andar quedo tratando de no hacer ruido, ojos llorosos con mirar desesperado, terribles imprecacines......

Tu sabes lo sentimental que soy querido hermano, pues bien; me contagié y temiendo hacer, en medio de las calles, el papel de un mocoso, subí á una guagua para ir á la Plaza de Armas. Eramos seis pasajeros y yo, ¡desgraciado de mí! el único cubano......Silencio de muerte reinaba entre nosotros, solo interrumpido por el crujir de la guagua, en los continuos tumbos, que al saltar los innumerables precipicios de nuestras calles daba...... Detúvose el vehiculo en el Parque y entró otro pasajero, grueso, fuerte, brindando salud...... Con sus cachetes rojos y su mirada altiva, era el tipo atrayente y perfecto del honrado que viene á trabajar y á enriquecerse...

Todos lo conocían; era un carbonero limpio y ya rico, según deduje de su primera pregunta, que versó sobre el precio del carbón ..... Tenía intenciones, por lo visto, de contestarse las preguntas que hacía, porque francamente entró á dar detalles; cuando fué interrumpido bruscamente por uno de sus amigos que, indignado,

exclamó: ¡Qué nos importa el carbón si ya no tenemos barcos......!!

Mi carbonero nada dijo al ver la seriedad de sus amigos. Abrió la boca y soltó una sonora carcajada, que extremeció hasta al cochero... Su alegría duró poco, aquel que le había interrumpido, sacó de su bolsillo un extraordinario de la "Gaceta", igual al que te envio, y con toda la ceremonia de un negro catedrático, después de desdoblarlo, lo puso bajo los ojos de aquel hombre feliz diciéndole imperativamente: ¡Lea!

El carbonero enrojeció hasta la punta de los dientes, nos miró á todos y rechazando el papel balbuceó tartamudeando: No sé leer.

Hubo que leérselo. Yo, convertido en un par de orejas, no perdí una sola sílaba... Cuando terminó el lector miré al carbonero: estaba estupefacto... Su cara roja y redonda, al par que perdía el color, se alargaba cual si fuera goma elástica, sus labios se entreabrieron con temblor nervioso, sus párpados se entornaron... un extremecimíento nervioso sacudió todo su cuerpo, inchósele el pecho, encogió los hombros y vencida al fin su voluntad por el dolor, de su ser brotó un sollozo...... Después, no lo pudo remediar apesar de sus esfuerzos, lloró amargamente, como se llora al perder un ser idolatrado, con toda el alma, borrada la noción de la existencia......

Llegué á casa bastante impresionado, en el momento en que D. Félix, con los ojos desmesuradamente abiertos, le entregaba á papá aquel extraordinario...... Entoces Luis, si lloré... por que descubrí que nuestro padre también sabía llorar......

Supongo que la paz se firmará en seguida y que pronto te estrecharé en mis brazos.

JUAN.

*
* *

Desde que la paz se había firmado y España renunciaba sus derechos á la Isla de Cuba, D. Juan sentía la necesidad de abandonar la Isla. Trató de conquistar y llevarse á Juanito, pero este, por la primera vez en su vida, se negó á complacerle é hizo esfuerzos sobrehumanos, para quitarle á su padre aquella idea. D. Juan estaba decidido á marcharse y ansioso esperaba la llegada de Luis y Julio para tómar el pasaje.

Luis no llegaría á la Habana hasta el 24 de Diciembre y de Julio, solo se sabía que su llegada no podría ser antes de Enero. El deseo ardiente de D. Juan, de no abandonar la Isla sin abrazar á aquel hijo, lo llenaba de sinsabores, pues no quería presenciar la caida de su bandera. Contrariado, lleno de incertidumbre estaba el día en que Luis debía llegar. Dª Rosa y Aurora impacientábanse mirando por minutos el reloj......

A las dos de la tarde llegaron D. Félix y su hijo Felipín. Este, tostado por el sol, vestía un elegante traje de casimir, llevaba la barba cerrada y una profunda cicatriz corría desde la frente á perderse en su crespa cabellera.

D. Félix entró dando gritos de alegría. ¡Aquí lo tienes Juanilo, aquí tienes á este sinvergüenza que tanto me ha hecho sufrir.

D. Juan abrazó con verdadero cariño á Felipin. y lo mismo hicieron Dª Rosa y Aurora. Todos

tomaron asiento en el estrado, mientras D, Félix, echándose en el sofá exclamaba:

—Pues hemos venido á invitarles á Vds., para la cena íntima con que celebro esta noche, la llegada del guerrero victorioso.

D. Juan atusándose el bigote miró á su amigo fijaménte y, despues contestó:

—Siento en el alma que te hayas molestado, porque á nosotros nos es imposible ir.

—Porqué? pregúntó D. Félix.

—Entre otras razones, dijo D. Juan, porque aun no están aquí ni Luis ni Julio.

—Ese no es motivo arguyó Felipín, Luis llega esta tarde y Julio está perfectamente bien y ya en camino para acá.

D. Juan insistió en su resolución y D. Félix contrariado se levantó diciendo. Yo sé cual es la causa verdadera de tu negativa, no quieres asistir á la fiesta que se dá en honor de un insurrecto.

—¡Esa es la causa! gritó D. Juan poniéndose en pié nerviosamente . Inclino la cabeza ante la victoria de mis enemigos, pero no puedo celebrarla. ¡Por esa causa abandonaré esta tierra, donde dejo, mas que mis hijos, mi alma!

D. Félix sonriendo dió á D. Juan dos palmaditas en el hombro diciéndole: No vayas á la cena, pero quédate Viajar á nuestra edad es una locura. Decídete y deja aquí tu cuerpo con tu alma.

—Mi cuerpo, repuso triste y amargamente D. Juan, descansará eternamente tal vez, lejos de este suelo... por que mi cuerpo es materia vil. ¡Quizás mi alma goce más que mi cuerpo, viendo

luchar el espíritu que le dió vida á esta sociedad, por conservar siempre el sello de su raza!

D. Félix permaneció en silencio algunos minutos y de repente, levantando la cabeza en actitud resuelta, exclamó: Todo en esta vida está sujeto á cambios constantes que, si en un momento nos molestan é impresionan... después nos acostumbramos á ellos... Aun flota la bandera española en el Morro ¡y ya, para mi, ha desaparecido... ¿Qué saco yo con mortificarme pensando en su caida, si no he de poder impedirlo.....?

—Esa es una felicidad Félix, repuso D. Juan, y por ella no se si envidiarte ó tenerte compasión.

A las cuatro llegó Luis que, al ver á Dª Rosa, corrió hacia ella estrechándola en silencio largo tiempo entre sus brazos. Después abrazó á su padre y á Aurora. Juanito bajó precipitadamente á abrazar á su hermano y después de media hora de conversación, Juanito poniéndose en jarras en tono enfático le dijo:

—Bueno, ya sabemos que eres valiente, que, con ayuda de los yankees, nos ha dado Patria, para gozo y orgullo de patriotas como D. Félix, y ahora te pregunto que piensas hacer?

—Darme un baño tibio, si tu eres tan bueno que me lo preparas.

– No tengo inconveniente, y voy ahora mismo á impetrar el auxilio de José, que aunque paton sabe preparar un baño......

Doña Rosa subió con su hijo y después de haber cerrado las puertás y ventanas, por donde pudiera entrarle el aire, y de convencerse de que el agua tenía buena temperatura, bajó recomendándole mucho cuidado con salir desabrigado.

Juanito se recostó en la cama de Luis mientras este se iba despojando de la ropa que vestía. Al quitarse la camiseta ordinarísima que llevaba, Juanito se sentó horrorizado en la cama.

—¡Esas son cicatrices! exclamó.

—Vaya una pregunta, no las estás mirando?

—¡En la espalda también tienes!

—¡Sí, gritó Luis perdiendo su flema, pero son los orificios de salida de los dos balazos que me dieron en el pecho! y Luis, al decir esto, señalaba dos profundas cicatrices que tenía en médio del pecho.

Juanito se recostó de nuevo y sonriendo murmuró: No dije que estabas herido en la espalda con mala intención... Sé que la valentía es proverbial en nuestra familia

Luis se encogió de hombros y entró en la palangana inmensa, donde le habian preparado el agua. ¡Rayos! exclamó se ha enfriado el agua.

—Puede ser, puede ser mascullo Juanito, tenemos 32° de temperatura y debes estar tan reseco......

—Sabes que estás mentecado...... Si sigues con tu impertinencia te largas de aquí.

—Eso lo dices á título de hermano ó de general?

Luis llenando de agua la jícara, amenazó á Juanito con mojarlo. ¡Lárgate laborante maldito! exclamó.

—No seas mentecato y echa agua, contestó Juanito, tapándose con la ropa limpia que Luis había colocado sobre la cama.

Luis se rió y empezó á enjabonarse.

—¡Cuenta algo hombre de Dios! gritó Juanito.

—No se que te voy á contar.

—Un combate cualquiera, de esos que tan bien inventan los guerreros .....

—Pues te fastidias si tratas de sacarme de quicio...... desde que entré en el baño y empezastes con tus cosas, me he olvidado en lo absoluto dé la guerra y ahora me parece que nunca me he movido de aquí...... Dime que tal está nuestra linda prima Nena?

Dos golpecitos dados en la puerta interrumpieron la conversación. Entra José, gritó Luis.

José entró dando un empujón á ía puerta que la abrió de par en par.

—¡Bárbaro! rugió Juanito tirándose de la cama y corriendo á cerrarla. No ves que le haces daño á Luis

—¡Bah! dijo despreciativamente José, después de entregarle á Luis una esponja, y cruzándose de brazos en medio de la habitación, á los mambises no les hace daño ni el cólera.

Juanito dió un salto de liebre hacia José y agarrándolo por el pezcuezo,—¡Canalla! le gritó, ya no hay mambises, ese es un general...!

José gritaba como un desesperado, Luis mojaba á su hermano para que lo soltara, mientras este fuera de sí, casi extrangulaba á José.

D. Juan apareció en la puerta y corrió hacia su hijo libertando al criado. Qué es eso! exclamó.

—Me faltó al respeto, dijo Juanito.

—Yo no le he faltado, replicó José, sino que he llamado mambí á ese general......

Una tremenda bofetada de Juanito le hizo bailar como un trompo. D. Juan se abalanzó á su hijo y sacudíédolo gritó: ¡Atrevido! Despues fiján-

dose en su hijo que permanecía pálido ante él, se detuvo espantado; jamás lo habia visto en aquel estado de exitación .. Pero estás loco muchacho! exclamó.

Juanito murmuró sordamente: Me ha hecho tragar bilis toda la vida, diciendo siempre, Vd lo sabe, que para él mambí, cubano y cobarde eran una misma cosa, y ha querido insultar á Luis.

Una sonora carcajada de Luis dejó en suspenso á su padre y á Juanito. Pero, es que ya has comprado tu rocinante? exclamó sín dejar de reir.

D. Juan hizo callar á Luis, increpó con dureza á Juanito y empujó á José hacia afuera siguiéndole él.

Juanito temblando de rabia, se sentó en la cama. Luis volvió á reir.

—¡Vas á acabar de reir! gritó Juanito.

—Si no puedo, contestó Luis. Primera vez que te veo perder la calma y precisamente por una cosa que no tiene importancia......

—¡Qué no tiene importancia...? Esa gente todavia se cree dueña de nosotros, y cada vez que recuerda su derrota, trata de amargarnos nuestra victoria...

—¡Sambomba! gritó Luis ahogándose de risa. Pero tu has peleado?

—¡Más que tú, general de á dos por medio!

—¡Hombre! Me acabas de de fender y ahora me ofendes...!

—Yo no te puedo ofonder á tí ni á ninguno de los mios! Está en la masa de nuestra sangre el burlarnos de todo y hablar mal de cuanto nos

rodea,—y sonriendo completamente calmado añadió: Ya vez, yo, pacífico guerrero, me siento más militar que tu... ya verás tu como los que han estado comíendo hasta la fecha á costilla nuestra en la emigración se sienten superiores á nosotros ..

La risa sofocaba á Luis, Juanito se tiró en la cama despues de desnudarse. Hubo algunos minutos de silencio.

—No me has dicho que tal está nuestra prima Nena, dijo Luis.

Juanito no contestó, Luis volvió á hacer la pregunta y al obtener por respuesta el mismo silencio se volvió.

—¡Hombre! exclamó, si se ha dormido... Valiente pedazo de borrico me he encontrado por compañero......

* * *

Un sol de primavera lucía en la Habana el día postrero del aciago año de 1898. Los habitantes de la ciudad acudían á los mejores sitios de la playa, para presenciar la caida de la bandera española. Los últimos dias de la dominación de aquella nación, apesar de haber sido sangrientos, no habían dejado en los ánimos rencor bastante para temer algúna venganza, y los mismos españoles alternaban con los cubanos en calles y paseos. A las doce del día los cañonazos anunciaron la caida de la bandera y un murmullo de colmena se elevó á lo infinito, como un suspiro de satisfacción.

D. Juan pasó el día en cama con fiebre, y D. Félix brindó tantas veces por "Cuba líbre" que, á las tres de tarde, tuvo Felipín que llevárselo á su casa.

Pasados aquellos prímeros dias de dolor intenso, D. Juan comenzó á preparar su viaje... Había señalado el día 10 para embarcarse y ni aun el temor de no abrazar á Julio le hacía titubear. Dª Rosa y Aurora habían hecho los más inauditos esfuerzos, para impedir aquella huida y las lágrimas de Aurora, lejos de conseguir nada, habían hecho exclamar á D. Juan, arrebatado por la cólera: Si no quieren venir quédense.. yo no fuerzo á nadie á que me siga!

Julio llegó el 9 por la noche. Su alegría y los continuos abrazos que le dió á su padre parecieron harían desistir á D. Juan de embarcarse al día siguiente; pero cuando Julio, ya enterado, trató de convencer á su padre este, asombrado, le preguntó: ¡Pero tu no vienes con nosotros?

—A hacer qué, papá. No comprendes que sería mal visto allá?

—No había pensado en eso, murmuró D. Juan. Quédate y no hagas locuras

La lucha entre padre é hijo duró hasta después de las dos de la madrugada, á cuya hora Julio subió á su cuarto, encontrando á Luis, sentado en una silla, esperándolo y á Juanito roncando á pierna suelta en su catre.

—No has conseguido nada, preguntó Luis

—Nada, nada, chico, contestó Julio dejándose, caer en la cama y cubriendo su cara bañada por las lágrimas......

A la hora señalada para embarcar, estaba

D. Juan con toda su familia en el muello de "Caballería". Juanito al tanto de las maletas y bultos que llevaban los viajeros, corría de un lado á otro, Luis permanecía silencioso y con los ojos enrojecidos, al lado de Dª Rosa y Julio mirándose la punta de las botas hablaba con D. Juan.

Juanito se acercó diciéndole á su padre que el remolcador estaba listo, y que solo faltaban ellos por ir al vapor.

—¡Vamos! dijo D. Juan.

—Yo no voy contestó Julio,—y alejándose de su padre áñadió: ¡Adios para siempre!

D. Juan dando un salto agarró á Julio por el cuello. Ni un abrazo me dás! gritó sin poder ocultar sus lágrimas

—No papá á menos que me jures que volverás.

—No seas tonto......!

—¡Me lo juras ó me voy!

D, Juan permaneció pensativo unos segundos, después dijo resueltamente. ¡Te lo juro! ¡Volveremos!

—¡Cuando! gritó Julio colgándose del cuello de su padre.

D. Juan separó un poco á su hijo y, señalando la bandera americana que flotaba orgullosa en el Morro, contestó: Cuando al entrar por ese canal el barco que me traiga, no vea flotar en esa fortaloza una bandera, que ni es la tuya ni es la mia!









